

COTOPAXI: ESPACIO SOCIAL Y CAMBIO POLÍTICO

Eloy Alfaro, Ana María Larrea Maldonado
Galo Ramón Valarezo, María Fernanda Vallejo,
Marjorie Viera



© CAMAREN - IEE, QUITO · ECUADOR, 2007

Título: Cotopaxi: espacio social y cambio político

Autores: Eloy Alfaro, Ana María Larrea Maldonado, Galo Ramón Valarezo, María Fernanda Vallejo, Marjorie Viera

Eje temático: Desarrollo local con énfasis en la gestión integrada de los recursos naturales

Institución coordinadora: Instituto de Estudios Ecuatorianos -IEE-

Coordinación de eje: Antonio Gaybor

Edición: Angel Bonilla, Pablo Ospina

Diseño Gráfico: Verónica Avila / Activa Diseño Editorial

Fotos: Dennis García (retiro portada). Archivo IEE.

Impresión: Activa Diseño Editorial

Auspiciantes: COSUDE, Embajada Real de los Países Bajos

Organismo internacional asesor: INTERCOOPERATION

CAMAREN: administracion@camaren.org / sicam@camaren.org

Ave. Amazonas y Eloy Alfaro Edif. MAG 7mo piso, Quito, Ecuador telf (593-2) 2563 419 / 2563 485

IEE: iee@iee.org.ec

San Ignacio 134 y 6 de Diciembre

INTRODUCCIÓN

UNIDAD 1	
COTOPAXI AL DEBATE: 1740-2001	9
 GALO RAMÓN	

INTRODUCCIÓN	10
---------------------	-----------

CAPÍTULO 1	
EL CORREGIMIENTO DE LA TACUNGA ENTRE 1740-1910	12
Ubicación y ambiente	12
Administración y pueblos del Corregimiento	15
De la crisis textil a los complejos “obraje-hacienda”	16
Los señoríos y parcialidades indígenas	20
El sistema hacendario en el siglo XIX	22

CAPÍTULO 2	
LA MODERNIZACIÓN AGRARIA: 1910-1990	27
La diferenciación campesina	32

CAPÍTULO 3	
EL COMPORTAMIENTO POLÍTICO INDÍGENA	36
Indios sueltos e indios de hacienda y poder local	37
La organización de los indios de hacienda, la comuna y las organizaciones actuales	38
El avance sobre los gobiernos seccionales	41

CONCLUSIONES	42
---------------------	-----------

BIBLIOGRAFÍA	44
---------------------	-----------

COTOPAXI: BIBLIOGRAFÍA COMENTADA 1740-2001	47
---	-----------

ANEXO: PAUTAS PARA ESCRIBIR MONOGRAFÍAS LOCALES	51
--	-----------

UNIDAD 2	
ESPACIO Y PODER EN TRES ORGANIZACIONES DE LOS ANDES DE COTOPAXI	59
MARÍA FERNANDA VALLEJO	

INTRODUCCIÓN	60
---------------------	-----------

CAPÍTULO 1	
ESTRUCTURAS ELEMENTALES DEL ESPACIO EN EL COTOPAXI ANDINO (O LA MISMA HISTORIA MIRADA DESDE COTOPAXI)	64

CAPÍTULO 2	
ESTRUCTURAS Y ARTICULACIONES DE PODER FRENTE A LA CONFIGURACIÓN DEL ESPACIO: UNA MIRADA DE LA HACIENDA A LOS PODERES LOCALES (O LA HISTORIA DEL ESPACIO DESDE LA RESISTENCIA)	69
El continuum obraje/hacienda como espacio para la persistencia de la indianidad	69
La “campesinidad” de la resistencia	70
La construcción del sujeto político a partir de la emergencia y acumulación de los sujetos colectivos	72

CAPÍTULO 3	
EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL ESPACIO LOCAL A PARTIR DE LA REFORMA AGRARIA	75
“Lo andino, la hacienda y el desarrollo local” en la construcción de imaginarios y espacios	76
BIBLIOGRAFÍA	89
UNIDAD 3	
PROCESOS DE OCUPACIÓN DEL ESPACIO Y LINEAMIENTOS DE GESTIÓN EN EL PÁRAMO DEL CANTÓN SAQUISILÍ, PROVINCIA DE COTOPAXI	93
MARJORIE VIERA	
CAPÍTULO 1	
EL PÁRAMO	94
Caracterización general del páramo	94
Consideraciones generales del páramo	94
Recursos del páramo	95
Beneficios del páramo	95
Importancia ecológica del páramo	96
CAPÍTULO 2	
PROCESOS DE OCUPACIÓN DEL ESPACIO CON ÉNFASIS EN EL ESPACIO - PÁRAMO	97
Antecedentes	97
Las haciendas serranas a comienzos de la década de 1960	98
Ubicación del área de influencia dentro del contexto local	101
CAPÍTULO 3	
EL PÁRAMO EN LA ÉPOCA DE HACIENDA	103
Ocupación del páramo por poblaciones libres	104
Ocupación productiva del páramo en la época de hacienda	105
CAPÍTULO 4	
EL PÁRAMO A PARTIR DE LA REFORMA AGRARIA	106
CAPÍTULO 5	
EL PÁRAMO EN LA COMUNIDAD	109
Control del territorio en la comunidad	109
Crisis de fertilidad. Parcelación de tierra	109
Nueva noción del hábitat	112
Recuperación del ejercicio del poder	113
CAPÍTULO 6	
EL PÁRAMO COMO PARTE DE UNA GESTIÓN LOCAL	115
CAPÍTULO 7	
ESTRATEGIAS DE GESTIÓN PARA EL MANEJO SOSTENIBLE DEL PÁRAMO	116
Uso actual del páramo	116
Estrategias de manejo sostenible del páramo	118



UNIDAD 4	
LOS PÁRAMOS OCCIDENTALES DE COTOPAXI: DINÁMICAS SOCIALES, HISTORIA AGRARIA Y CONSERVACIÓN	123
ELOY ALFARO	
INTRODUCCIÓN	124
Definiciones previas	126
Corolario	128
CAPÍTULO 1	
CONFIGURACIÓN DEL PAISAJE PRODUCTIVO Y DEL ENTORNO NATURAL DE LA ZONA DE ESTUDIO	129
Los páramos occidentales de Cotopaxi	129
CAPÍTULO 2	
DETERMINACIONES SOCIALES EN EL PAISAJE DE LAS ZONAS DE ALTURA DE COTOPAXI	135
Elementos para una discusión: etapas de ocupación de las zonas de altura de Cotopaxi	135
CAPÍTULO 3	
EL PÁRAMO UN ESPACIO SOCIO-AMBIENTAL DE VIDA	151
Páramos: Mitos, Biodiversidad e Historia	153
BIBLIOGRAFÍA	163
UNIDAD 5	
LOS DESAFÍOS DEL PROCESO DE DEMOCRATIZACIÓN EN COTOPAXI	167
ANA MARÍA LARREA	
INTRODUCCIÓN	168
CAPÍTULO 1	
DEMOCRACIA Y CONSTRUCCIÓN DE SUJETOS SOCIALES PARA EL DESARROLLO LOCAL	171
Las democracias latinoamericanas	174
¿Otra democracia ...es posible?	175
Ciudadanía y participación	179
Democracia y ámbitos locales	181
CAPÍTULO 2	
LA PROVINCIA DE COTOPAXI	183
CAPÍTULO 3	
LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO MODELO DE GESTIÓN EN COTOPAXI	187
La construcción de un nuevo gobierno local	188
La Democratización	189
Gestión para el desarrollo local	190
CAPÍTULO 4	
LOS DESAFÍOS DEL PROCESO DE DEMOCRATIZACIÓN EN LA PROVINCIA DE COTOPAXI	
LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO GOBIERNO LOCAL	192
El desafío de la escala	192
El desafío de la participación	198
El desafío de la institucionalidad	203
El desafío de la eficacia	206
CONCLUSIONES	209
BIBLIOGRAFÍA	212

Presentación

Cotopaxi: espacio social y cambio político

¿Quién diría que desde los cerros helados del páramo occidental de la provincia de Cotopaxi, desde las laderas húmedas y escarpadas de los Illiniza, desde aquellos rincones áridos, empobrecidos y escondidos donde se ocultan los damnificados del proceso de modernización, nacerían fuerzas sociales renovadoras de la política y la sociedad? ¿Quién hubiera apostado hace treinta años, cuando nacía el Movimiento Indígena de Cotopaxi en reuniones convocadas en casas destartaladas de Pujilí, que se convertiría en el cambio de siglo en el movimiento social más organizado y poderoso de la provincia?

Este libro aborda esa historia notable sin hacerse ilusiones falsas, sin idealizaciones ingenuas, sin hacer concesiones a los compromisos del momento. Es un libro que recorre el proceso histórico y político de los pueblos indígenas con los ojos abiertos. Pero tampoco está dispuesto a minimizar su significado ni a descalificarlo como un error o como un fracaso. Es un libro políticamente comprometido, moralmente alineado y críticamente organizado.

Para evaluar mejor el alcance, los límites y los obstáculos que se interponen entre los propósitos que se plantearon los actores sociales indígenas y su cumplimiento en la práctica de la política; es decir, entre el proyecto político tal como se lo imagina, y el proyecto político tal como se perfila en medio de los cambiantes balances de fuerzas sociales; hay que salir de las oficinas, del estudio de las normativas y los reglamentos para volver la mirada a los cambios sociales que experimenta el mundo rural. No es la única perspectiva posible ni el único camino necesario. Pero es una vía privilegiada para entender las promesas y los desvaríos de la oportunidad que el movimiento indígena dejó abierta para construir una sociedad mejor.

Este libro puede entenderse como una apuesta intelectual por un análisis que liga indisolublemente lo político a lo social. Las dinámicas políticas tienen su autonomía, pero no son independientes. Hace falta mostrar los cordones umbilicales que las unen a los procesos sociales, culturales y económicos que viven los actores y que marcan su forma de ver el mundo, de entender los desafíos que le plantea su época, de situarse en las disyuntivas de cada coyuntura y de pesar las fuerzas y presiones que intervienen en cada decisión. El análisis se concentra sobre todo en el mundo rural de las comunidades andinas del occidente de la provincia. Examina la historia agraria, identitaria y espacial de largo plazo; los universos simbólicos asociados a los páramos; las variadas formas del uso social de los entornos; las transformaciones ocurridas en la organización comunitaria y, finalmente, las apuestas políticas en el gobierno provincial comandado desde el año 2000 por el Movimiento Indígena y Campesino de Cotopaxi.

La mayoría de textos fue escrita con ocasión de un proceso de formación local de dirigentes sociales y técnicos llevado a cabo en el año 2005; otros son producto de una colaboración especial de los autores. Fueron el resultado de una reflexión colectiva y de un esfuerzo por sistematizar aprendizajes, analizar críticamente la propia vivencia y confirmar un compromiso político y personal. Los presentamos con modestia pero también con orgullo.

Pablo Ospina Peralta
Director del Instituto de Estudios Ecuatorianos

UNIDAD UNO

UNIDAD 1

Cotopaxi al debate: 1740-2001

Galo Ramón Valarezo*

*Documento elaborado originalmente para el Programa de Conservación de la Biodiversidad, de los Páramos y otros ecosistemas frágiles del Ecuador - Cotopaxi, efectuado en convenio entre IEE y ECOCIENCIA. Noviembre de 2004

INTRODUCCIÓN

La presente es una reflexión sobre la historia de Cotopaxi, que busca dialogar libremente con el pasado desde preguntas que nos inquietan en la actualidad, para intentar una comprensión más profunda de los problemas. La táctica histórica puede mostrarnos el origen, la continuidad o el cambio de varios procesos que en la zona se discuten desde varias disciplinas científicas.

Un taller realizado con el equipo del IEE¹ que trabaja en la zona, identificó cuatro temas que merecen una indagación histórica:

El primero, es el problema de la gran desertización y erosión que soporta la cordillera occidental en la que se ubican muchas de las actuales comunidades indígenas. El problema es tan grave que ha puesto en serio riesgo la viabilidad y sobrevivencia de las comunidades en ese ecosistema. ¿Cuándo comenzó este problema? ¿Qué razones lo explican? ¿Qué papel juega el reordenamiento producido con la modernización agraria? ¿Qué prácticas lo han acelerado?, en fin, ¿cual ha sido la actitud de las comunidades indígenas frente al tema? Junto al tema de la desertización aparece el tema del agua: ¿Cuándo comenzaron los problemas de apropiación y disputa del agua? ¿Cómo este tema es enfrentado en los procesos de reforma agraria? ¿Cuáles son las experiencias recientes de organización para el control, mejoramiento y la distribución?

Un segundo problema tiene relación con la identidad local. Si partimos de la idea de que lo local tiene como espacio de referencia un territorio más o menos cohesionado por factores económicos, sociales y culturales; que generalmente tiene un sistema de dominación local, con una clase dominante identificable; que sus habitantes tienen sentido de pertenencia e identidad con ese territorio; que tienen una economía local y elementos culturales que los distinguen de otros espacios, entonces nos preguntamos: ¿cuál es la clase dominante de este territorio, si al parecer es una clase deslocalizada que reside en Quito? ¿Tiene el espacio algún grado de cohesión social e identidad, si son visibles profundas grietas étnicas y diferencias entre las pequeñas localidades y entre los clanes indígenas? ¿La propuesta de la reconstrucción de la “identidad panzalea” tiene algún afincamiento real o es una construcción reciente que no tiene capacidad de arrastre del mundo indígena, menos de los no indígenas? ¿Cómo romper ese mundo dualista y construir la interculturalidad?

El tercer problema tiene relación con la potencialidad de la propuesta indígena para comandar el desarrollo local. La actual propuesta indígena se basa en una convocatoria étnica dualista que enfatiza la unidad indígena frente a lo mestizo; se articula sobre la estructura corporativa de las comunidades que controlan desde esa estructura al brazo político (Pachakutik) y procesan de esa forma la alianza con otras fuerzas sociales; y se maneja en medio de una negociación y conflicto de los clanes familiares que actúan como redes locales. ¿Qué potencialidad y alcance tiene el procesamiento

1 El taller realizado el 5 de octubre del 2004, estuvo integrado por Ángel Bonilla, María Belén Cevallos, Ana María Larrea, Antonio Gaybor y Galo Ramón

corporativo de la sociedad indígena y de la mestiza? ¿Cómo se trabajará la interculturalidad en medio de un discurso dualista? ¿Es posible y deseable pasar a nuevas formas de democracia basadas en los individuos y no en las redes únicamente?

El cuarto problema tiene relación con la viabilidad de ese espacio económico. Al momento, las propuestas que se desarrollan desde los gobiernos locales buscan administrar la renta estatal (el 15% asignado), pero no tienen capacidad para levantar más recursos locales, pero sobre todo para provocar cambios estructurales, sobre todo en la tenencia de las tierras planas, del riego, las finanzas, el gran comercio, la industria o la minería, entre otros. Por otro lado, Cotopaxi deja escapar demasiados excedentes hacia otros espacios, especialmente a Quito. Entonces cabe preguntarse: ¿Tiene viabilidad económica el espacio de Cotopaxi o es un proyecto por construir? ¿Es posible ir más allá de la administración de la pobreza, es decir de las rentas estatales que tienen los gobiernos locales, para intentar reformas estructurales que afecten a la actual inequidad económica? ¿Es posible juntar la lucha por una equidad territorial, con la equidad con los pobres, las mujeres, las generaciones de jóvenes y niños, con los indios y buscar al mismo tiempo un desarrollo sostenible en un espacio tan colapsado, que de otra parte tiene tal fuerza organizada indígena, como en ninguna otra provincia del país?

Sin duda alguna, las preguntas realizadas por ese equipo de reflexión y otras que seguirán surgiendo, exceden de largo las posibilidades de estas páginas. Muchas de ellas tienen una génesis más bien coyuntural, en la que otros estudios pueden aportar con mayor propiedad. Sin embargo, este diálogo con el pasado intentará discutir varias de las preguntas, sobre todo aquellas que tuvieron su origen entre 1740 y 1970, espacio temporal privilegiado por esta reflexión.

En esos 230 años, Cotopaxi atravesó por dos períodos sobresalientes: (i) la crisis de la producción textil iniciada en 1740, que se profundizó paulatinamente y sin desaparecer del todo, dio paso al sistema hacendario que se mantuvo boyante hasta 1910; y (ii) una etapa de modernización agraria que arrancó con la instalación del ferrocarril en 1910, para ir ganando terreno de manera tortuosa mientras se mantenía el sistema hacendario, hasta lograr una recomposición con la producción lechera en la década del 70. Los ajustes estructurales del 90 y los procesos de desarrollo local comandados por el movimiento indígena, matizarán este proceso, que aún no presenta rupturas agudas. La situación actual es como la de un huevo empollado a punto de reventar: la administración indígena del territorio puede abrir un cambio sustantivo, al que estas páginas buscan apuntalar.

CAPÍTULO I

EL CORREGIMIENTO DE LA TACUNGA ENTRE 1740-1910

Ubicación y ambiente

En el siglo XVIII, lo que ahora es la provincia de Cotopaxi, se conocía como el Corregimiento de la Tacunga. La demarcación territorial que ahora conocemos data de 1770, cuando se crea el Corregimiento de Ambato como parte de las reformas territoriales que los Borbones impulsaron para hacer más eficiente su administración. Con la creación de Ambato, el Corregimiento de Latacunga limitaba, para utilizar una demarcación de la época, por el norte con Quito en el nudo de Tiupullo; al sur con el Corregimiento de Ambato, en el lugar llamado puca-rrumi; por el oriente con el de Quijos; y por el occidente con los llamados Colorados (Cicala, 1771:323).

Desde el punto de vista ecológico está situado en una típica hoya interandina, que según un agudo observador del siglo XVIII, “es un territorio que comprende y abraza las dos famosísimas y altísimas cordilleras... Dichas cordilleras de altísimos montes contienen una extensión increíble de tierra, en sus inmensas faldas y explanadas. Por ello, la extensión del territorio de la Tacunga, desde Oriente a Poniente (occidente) en línea recta y altura también recta, no pasa de sesenta leguas... De igual manera, la extensión de dicho territorio desde el Aquilón (norte) al Austro (sur), no va más de dieciséis leguas y media” (Cicala:323). La zona está situada en una doble transición, cuyas diferencias, después de 1850, se han ido acentuando: (i) en el tránsito entre la

sierra norte húmeda y la sierra central más seca, debido a que, a la altura del paralelo uno de latitud sur, en Latacunga, se debilita la influencia de los dos dominios lluviosos, la cuenca amazónica y la selva del Chocó; y (ii) en una transición transversal entre la cordillera central alta, húmeda y nubosa, y la cordillera occidental menos húmeda, también alta, pero con menor nubosidad, que al bajar a su flanco occidental, otra vez se vuelve muy lluviosa. Esta doble transición fue captada por los observadores de la época, como el padre Mario Cicala, un jesuita italiano que caminó la zona de norte a sur, que notó adicionalmente un cambio del tipo de suelos, el impacto de las erupciones del Cotopaxi, los cambios de la topografía y el poderoso influjo del viento, que son variables específicas de ese paisaje:

A la altura de Tiupullo, Cicala destaca que al caminar por el camino real pudo distinguir “bosquecillos y matorrales espesísimos... se camina (desde Machachi) como si se bordearan aquellas anchísimas faldas, muchísimas en número, una pegada a la otra, que corren por un pésimo y fragoso paso llamado El Excomulgado hasta encontrarse con la bajada, de poco menos de tres leguas y media. Cuanto más se adentra el viajero por aquellas faldas tanto más va sintiendo la rigidez del frío y la molestia de los fuertes vientos, pues poco a poco va acercándose y al mismo tiempo descubriendo el gran monte nevado Cotopaxi, que se encuentra situado de tal manera que domina todas aquellas comarcas

y faldas... Una vez que se llega al borde donde empieza la larga bajada de cerca de dos leguas, de pronto se presenta a la vista un ancho y dilatado valle de ocho leguas de longitud y más de diez, en algunos sitios, de anchura, muy ameno y delicioso. Por todas partes vense lugares y comarcas esparcidas acá y allá entre verdes florestas, algunas plantadas en las orillas de los ríos, que se ven serpentear por aquellas llanuras, con especial deleite de la vista”.

Luego describe su paso por el centro del valle en el que ve “*innumerables huertos de manzanas, de amenos jardines y deliciosas haciendas*”, hasta llegar a la población de San Felipe (hoy Salcedo) “*muy fértil y bien cultivada, con hermosas fincas, huertas y jardines. Se dan abundantes cosechas de trigo, cebada, maíz y habichuelas de toda clase*”. Al pasar el río de San Felipe, comienza a notar la transición. Destaca que “*desde la citada comarca sigue una cadena de pendientes faldas estériles, formadas por varias colinas altas, que corren a lo largo de dos leguas y media. Al pie o base de estas pendientes y colinas se extiende una gran llanura de la misma longitud que las colinas, en cambio su anchura es diversa: en unas partes es más de una legua; en otras partes menos, en otras es de media milla. Toda la llanura es arenosa, pero también hay diversidad de arenas: en algunos sitios la arena es gruesa, en otros menuda, en unos pocos es arena fina y en muchos lugares es pedregosa, a causa de las grandes correntadas del río San Felipe en todas la erupciones del monte Cotopaxi, las que siempre han inundado casi la totalidad de aquella llanura, por lo menos en la anchura de una buena milla: se han llevado toda la tierra buena y fecunda dejando solamente la arena y las piedras...*” (Cicala, 1771:332). Al llegar a San Miguel señala que “*esta llanura*

es muy seca por carecer totalmente de agua” (Ibid:335)

La transición transversal también es observada por el jesuita caminante. Nos señala que desde Tacunga hacia la cordillera occidental están situados los principales pueblos de Saquisilí, Pujilí, Tanicuchí, la poderosa hacienda de La Ciénega y Cusubamba. En todas ellas destaca la feracidad y fertilidad de esas tierras “*para sembrar toda clase de granos y legumbres*”. Continuando hacia el occidente, a 14 leguas está Sigchos, que “*es tierra cálida y muy húmeda por las abundante lluvias. Abunda en maíz y otros granos, y habichuelas*”. Es una tierra caliente en la que viven los indios “*llamados Colorados*”. Añade que “*el camino hacia aquellas montañas y selvas es sobremanera difícil, fragoso, lleno de todo y peligroso por la gran cantidad de víboras, serpientes y tigres: solo viajan por él algunos mestizos e indios de la Tacunga y de su territorio, tres meses al año: en abril, mayo y junio; a veces en mayo, junio y julio, según que la estación veraniega un año se atrasa, otro se adelanta*” reconociendo la influencia de la corriente del El Niño en la variación de lluvias, señalando que lo hacen “*con el fin de comerciar con los indios medio salvajes e incivilizados, en algodón, pimienta seca, sal, arroz, bananos hornados, achiote y otros productos de clima caliente*” (Ibid: 329). Señala que más abajo se ubica Angamarca que “*siempre está cubierta de niebla espesa, y rara la vez se ve claro el sol*” (Ibid:330).

La influencia del volcán Cotopaxi es tan gravitante, que bien puede definirse a la zona como una región bajo el volcán. Otro jesuita, el padre Juan de Velasco, es particularmente prolijo en mostrarnos la influencia del coloso, sobre todo en el siglo XVIII.

Velasco da cuenta de ocho erupciones entre 1532 y 1768, a las cuales debe sumarse la erupción de 1783, siete de ellas se dieron en el siglo XVIII. De sus efectos destaca tres aspectos centrales: (i) los flujos de agua, cuyas inundaciones en algunas oportunidades llegaron “hasta la plaza mayor de Latacunga, y tuvo rodeado todos los cuarteles de las casas, entrándose a ellas por las puertas, y las rendijas, dejando en las calles grandes pedrones de hielo, arrancados al bajar por el cauce”, que destruyeron haciendas, ganados, molinos y las casas; (ii) la caída de cenizas, arena y piedra grande y menuda a centenares de leguas a la redonda que destruyeron los cultivos, los árboles y las casas “quedando sepultados profundamente los sembrados, y esterilizándose la tierra por mucho tiempo”; y (iii) los terremotos asociados, como aquel de 1768, que llegó a sentirse incluso en Quito (Velasco, To.III:161). A estos estragos del volcán, debe sumarse el gran terremoto de 1797 que asoló a la sierra central². Según Cicala, los terremotos se anunciaban en Tacunga con señales inequívocas: “la primera es el humo del Cotopaxi, esto es cuando lanza humo más de lo ordinario: la segunda es cuando por la noche estando el cielo sereno se oyen truenos profundos como de cañonazos pero muy lejanos: la tercera y más segura es cuando dos o tres días antes se ven crecer los pequeños pozos de agua que tienen en sus casas, con agua turbia y hasta el borde: de ordinario el agua turbia rebosa el borde del pozo, y la experiencia les ha enseñado que entonces el terremoto ha de ser extraordinariamente fuerte y violento (Cicala,

341): Más allá de la veracidad de los signos, es notable la relación entre el volcán y su gente, determinando el imaginario, la vida cotidiana, las decisiones de futuro y los ciclos de crisis de la zona.

La presencia del viento es otra de las grandes variables duras de la ecología de la zona. Cicala señala que “*la ciudad de la Tacunga y todo su territorio se halla excepcionalmente dominado por torbellinos y violentísimos vientos durante todo el año, un tanto menos fuerte en los meses de junio, julio, agosto, septiembre y octubre, a los que les llaman vientos de San Juan. Son tan violentos e impetuosos (pues yo mismo los he experimentado por varias veces), que además de levantar nubarrones de polvo y de arena arrastran de los barrancos y llanuras de arena gruesa como balines y balas de escopetas y los lanzan por los aires a manera de una copiosa granizada, por lo que es necesario viajar con mascarillas*”. Aquí aporta un dato adicional: considera que los peores vientos se dan en la parte alta de la cordillera occidental en el camino a Sigchos. Relata varios episodios de personas que fueron arrebatadas con mula y todo, en esas alturas (Ibid:342). La presencia de grandes nubarrones de tierras muestran una activa erosión eólica, ocasionada por la introducción del barbecho (tiempo de descanso de la tierra), que incorporó la agricultura traída por los españoles desde su lógica de estaciones marcadas, cuestión que dejó desprotegido al suelo, contrariando uno de los principios de la agricultura andina, la de mantener siempre el suelo cubierto.

2 Stevenson que pasó 11 años después por Tacunga señala que “quedamos asombrados al ver los escombros causados por el terremoto de 1797; la iglesia y los conventos habían sido demolidos por completo, y sus restos estaban aún en el mismo estado al que habían sido reducidos por esta terrible convulsión de la tierra” (Stevenson, 1994:402)

Sintetizando, Cicala señala que, con todas estas influencias, el clima “es variado de acuerdo con la situación de las tierras y lugares: así, hay climas de pronto frigidísimos, como Tiupullu, Cotopilaló, Callo..., y otros menos fríos y más suaves como: la Ciénega, San Felipe, Cusubamba, etc. Otros climas son templados y tibios como: Molleambato, Nagsiche, Tiubamba, San Miguel (en el actual Ambato), otros finalmente son calurosos, como: Sigchos y Angamarca”. Muestra los impactos del viento y de las erupciones sobre un territorio que todavía se deja ver fértil, húmedo, pero frágil, sometido a una intensa erosión eólica. Ese equilibrio precario fue dramáticamente roto más adelante, por la modernización agrícola. En el siglo XIX, nuevos terremotos asolaron el área, el de 1802 que fue pequeño, y el de 1877 que golpeó los intentos de modernización. En el siglo XX, la cordillera occidental que albergaba a la mayor cantidad de gente ha sido deforestada y las bases productivas casi han colapsado. La pérdida de humedad es alarmante, hasta los glaciares pierden 50 centímetros por año: la situación actual es realmente dramática.

Administración y pueblos del Corregimiento

De acuerdo al manejo administrativo de la Audiencia de Quito, el territorio de la Tacunga tenía hasta 1770 un Corregidor, un Escribano Público y un Alguacil Mayor. No tenía Cabildo, como Riobamba por ejemplo, es decir, no tuvo durante casi todo el siglo XVIII una élite unificada que creara una “identidad local”, dejando este aspecto a lo que podían hacer las haciendas, los pequeños sistemas de dominación local y los señorios

étnicos. En lo espiritual dependía del Vicario del Obispo de Quito y de tres párrocos: uno de indios, otro de mestizos y otro de españoles, que nos muestran el crudo dualismo étnico, con el que manejaban una realidad fuertemente polarizada. Tenía como su ciudad principal el asiento de blancos de Tacunga en el que vivían hacia 1790 unos cuatro mil blancos. Es una ciudad grande “con las calles simétricamente distribuidas y divididas, anchas, largas y empedradas”. Junto a la ciudad habían dos subvurvios, el de los indígenas “los mítimas de San Sebastián” y el Barrio Caliente (de indios y mestizos) que fue duramente golpeado por las erupciones del Cotopaxi. Juntos sumaban otros cuatro mil habitantes. Esta relación entre ciudad blanca y pueblo indio adjunto, servía en la colonia para que el asiento criollo tuviera la fuerza de trabajo necesaria para mantener las vías y las edificaciones públicas, pero al mismo tiempo, era el espacio de mayor contacto interétnico, entre los indios libres (no sujetos a las haciendas) y el pueblo de criollos.

Los principales pueblos indígenas se ubicaban a lo largo del Camino Real y hacia la zona occidental. Este doble eje, norte-sur y centro-oeste, tenía una profunda raigambre histórica, y obedecía a las condiciones políticas de una parte y ecológicas de otra. Desde el punto de vista político, los incas introdujeron un ordenamiento de los pueblos al rededor del Camino Real que pasaba a Quito, en tanto, la ecología favorecía los asentamientos en las cordillera occidental, un poco más alejados del volcán y en la cordillera menos nubosa y húmeda.

La lógica de ordenamiento territorial incaica, no varió sustantivamente con la hacienda tradicional, hasta los procesos de modernización que se iniciaron

en el siglo XIX. Por esta razón, en el Camino Real o cerca de él, se ubicaban nueve pueblos: Saquisilí, Pujilí y San Miguel con alrededor de cuatro mil habitantes cada uno; Cusubamba y San Felipe con unos dos mil setecientos cada uno; y Toacaso, Alaquez y Tanicuchí, con mil cuatrocientos cada uno. En los flancos occidentales se situaban Isinlibí con unos dos mil setecientos, Chugchilán y Sigchos con unos mil cuatrocientos cada uno; y en la parte más occidental, en la zona caliente y lluviosa, lindando con los “Colorados” se situaba Angamarca con unos mil cuatrocientos. La población del Corregimiento era de 50.280 personas, de los cuales, el 75,63% eran indígenas, el 23,65% blancos, el 0,69% libres de varios colores y el 0,03% esclavos negros³ a finales del siglo XVIII.

La economía del Corregimiento se basaba en la producción textil, la actividad agropecuaria y la producción artesanal, reconociendo cierta especialidad por pueblo. Los obrajes ubicados en el valle central producían telas, paños de lana y algodón, sombreros, tapetes, pellones y mantas. En Pujilí y en el Colegio de la Compañía de Jesús se producían objetos de cerámica (vasos, jarras, cubetas, copas, tazones y jofainas) que gozaban de mucha aceptación en toda la Real Audiencia. También habían fábricas de cal que se vendía en Quito. En Saquisilí hay algunos molinos de semilla de nabo, cuyo aceite sirve para cardar e hilar lanas para tejer paños, bayetas, jergas y telas de lana, que tiene gran demanda y buen precio (tres escudos el jarro). En la zona caliente de occidente comenzaron a montarse trapiches para la producción de aguardiente de caña.

El estado colonial construyó una fábrica de pólvora en Latacunga, y en el Barrio Caliente los mestizos producían camaretas para las numerosas fiestas indígenas. En los diversos pueblos se producía “trigo, cebada, maíz, papas, quinua, habichuelas y frutales, ganado ovino y bovino” de cuya leche se fabricaba quesos. Stevenson, otro acucioso viajero anota que “casi todas las frutas que existen son una variedad de cerezas silvestres llamada capulí, la cual crece en abundancia y constituye el principal alimento de los indios cuando está madura; existen además una pocas manzanas y algunos duraznos. El nítro se encuentra en algunas partes de la provincia y se manufactura una considerable cantidad” (Stevenson, (1808-28). 1994: 403)

En 1824 se creó el cabildo de Latacunga como un cantón de Pichincha con la Ley de División Territorial de la Gran Colombia. Con la nueva ley de División Territorial de 1851 junto con Ambato conformaron la provincia de León. En 1860 se crea la provincia de Tungurahua, de manera que, en esa época se define el territorio actual, pero todavía con el nombre de provincia de León. Recién en 1938, se denomina provincia de Cotopaxi (Enoch, 1981:299) en homenaje al volcán que ha pautado tanto la vida de sus pobladores.

De la crisis textil a los complejos “obraje-hacienda”

La crisis del sector textil que dinamizaba a la economía de la región centro norte de la Audiencia de Quito,

3 ANH, Q, Empadronamientos, Numeración de Corral y Narrío, 1783

comenzó a manifestarse en las décadas finales del siglo XVII. Se trataba de una crisis de demanda del sector externo, que se complicó con factores internos. El factor externo más importante y decisivo, fue el decrecimiento de la producción de plata en Potosí que al contraerse drásticamente entre 1701 y 1750⁴, redujo la demanda textil. Entre los factores internos se considera que los terremotos y epidemias que disminuyeron la disponibilidad de fuerza de trabajo y golpearon la infraestructura productiva, ayudaron a profundizar la crisis. En la zona, las erupciones del Cotopaxi y los terremotos dejaron una inmensa destrucción; que adicionalmente ocasionaron epidemias y hambrunas.

Frente a la crisis, muchos obrajeros lograron rearticular su mercado hacia los centros mineros de Nueva Granada que se encontraban en plena expansión productiva (Melo:1979). C. Borchart establece que las Guías de comercio despachadas desde Quito a la Nueva Granada aumentaron progresivamente del 42,2% en 1787 al 57,5% en 1795 y al 76% en 1818; en tanto, las guías que van al sur decrecieron del 3,7% en 1787 al 2,5% en 1795 hasta prácticamente desaparecer en 1819 (Borchart, 1988:292).

Sin embargo, ello ocurrió solo con parte de los productos: Cicala señala que luego que languideció el comercio, *“al presente se trafica en la Tacunga con pocas telas y paños de lana y*

algodón, con sombreros, aunque muy escasamente. Solamente se mantiene vivo el comercio de tapetes, pellones y mantas” (Cicala:323). Otro efecto de la crisis fue la migración de importantes contingentes de indígenas de la región central a la sierra norte. De hecho, el 36% de los habitantes del Corregimiento de Otavalo en 1720, provenían de Riobamba, Ambato y Latacunga⁵ (ANH,Q, Indígenas, C.37 y 38). Se cerraron varios obrajes particulares y de comunidad (Browne, 1984; Alchon, 1991; Tyrer, 1988; Ortiz de la Tabla, 1977). Los únicos obrajes que pudieron sobrevivir fueron aquellos que pertenecían a grandes complejos hacendarios, que pudieron financiar su desplazamiento regional o competir con precios bajos.

Muchos obrajeros y hacendados vendieron sus propiedades, acosados por la estrechez del mercado y por las deudas. Las evidencias nos llevan a la conclusión de que en el siglo XVIII, como consecuencia de la crisis se produjo una mayor concentración de tierra en la sierra centro norte, especialmente en favor de las órdenes religiosas y grandes propietarios que manejaban complejos hacendarios (diversas haciendas con producciones distintas y complementarias) y complejos obrajeros que estaban articulados a haciendas agrícolas que les daban soporte. Los catastros que se realizaron para el cobro de alcabalas nos confirman la mayor concentración de tierras⁶. En

4 En la década 1641 a 1650 se produjeron 589.824 pesos, producción que fue bajando hasta que en la década 1691 a 1700 sólo se produjeron 303.017 pesos (Assadourian, 1982:121)

5 El Corregimiento de Otavalo tenía 4.182 tributarios, de los cuales 1.517 eran forasteros (ANH, Indígenas, 37, 1720)

6 Hemos evaluado siete tipos de fuentes: Alcabalas, Visitas, Guías Comerciales, Relaciones Geográficas, Notarías, Libros de Haciendas e Informes de autoridades locales, de las cuales, el avalúo catastral para el pago de la Alcabalas, es la fuente más prometedora, porque permite conocer los propietarios y definir estratos por avalúo, que muestran los diversos tamaños e inversiones de una propiedad.

1756 se contabilizaron en Latacunga 296 haciendas (Tyrrer, 1976:432-33), cuarenta y ocho años más tarde, solo se contabilizaron 242 haciendas, cuestión que muestra el proceso de concentración de la propiedad.

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, sin que la sierra central se haya logrado recuperar de su crisis, el estado colonial introdujo nuevas medidas fiscales, en el marco de las denominadas “reformas borbónicas”⁷ que profundizaron la crisis de ese espacio. Las reformas iniciales tuvieron el propósito de elevar las recaudaciones fiscales de la Audiencia, a través del monopolio de los estancos de aguardiente, pólvora y de tabaco, un ensanchamiento del número de tributarios y una mejor recolección del tributo, y la imposición de alcabalas a los productos y propiedades. El impacto en la Tacunga fue directo: el estado instaló fábricas de aguardiente en la zona caliente, tratando de monopolizar la producción, obligando a los productores locales a entregarle miel y raspaduras. También el estado instaló la Real Fábrica de Pólvora en Latacunga que obligó a los indios de Tanicuchí, Saquisilí y Cusubamba a trabajar en ella y compitió de manera desleal con las pequeñas “fábricas de cohetería y fuegos artificiales”, que debieron cerrar en 1791, y a los artesanos se les obligó a comprar la pólvora para su trabajo. Los datos de la Real Caja de Quito, permiten concluir

que las reformas tributarias tuvieron éxito: el cómputo en quinquenios muestra que a partir de 1774, hay un incremento del 154%, de los ingresos anuales que llegan a su máximo tope en el quinquenio 1794-99 (Borchart, 1988:299-311).

Para la imposición de estas nuevas medidas tributarias se debieron hacer censos de población más prolijos; se redefinieron las categorías de indígenas, incluyendo a muchos que se consideraban mestizos en la población tributaria; se cambió la burocracia local que comenzó a cobrar directamente los tributos que en el pasado se arrendaban; se reevaluaron las propiedades agrarias y se aumentó el número de los pequeños contribuyentes. Las nuevas imposiciones fueron resistidas con un verdadero ciclo de levantamientos. Entre 1700 y 1760 solo se registraron trece sublevaciones importantes; en tanto, entre 1761 y 1803 se registró un verdadero reguero de 32 revueltas en la Real Audiencia⁸. Aunque los motivos de las sublevaciones fueron diversos, y en ocasiones muy acotados a circunstancias locales, la mayoría de ellas tuvieron una clara motivación fiscal. En unos casos, los indígenas se sublevaron contra las numeraciones que buscaban elaborar una nueva base de tributarios y contra los tributos; en otras se levantaron contra los diezmos, curas, minas y hacendados; y otras sublevaciones repudiaron las alcabalas y el monopolio estatal de los

7 Los Borbones accedieron a la Corona en 1713. Implantaron una serie de medidas administrativas y políticas para aumentar los ingresos a la Corona y contrarrestar el declive económico de España: crearon nuevos virreynatos, introdujeron las intendencias en lugar de los Corregimientos, favorecieron una administración controlada más directamente por españoles cuestión que desplazó a muchos criollos, expulsaron a los jesuitas para tener mayor control de la iglesia, crearon milicias coloniales para controlar cualquier desorden y decretaron el libre comercio que produjo el despegue de varios puertos.

8 “27 en la Sierra Centro Norte 27, en la Sierra Sur 4 y una en el oriente. Ver una lista de sublevaciones en mi artículo “Los indios y la constitución del Estado Nacional” en “Los Andes en la Encrucijada, FLACSO, 1991:419-456

estancos. La mayoría de los idearios de las sublevaciones en la Audiencia de Quito intentaron recuperar los señoríos étnicos que constituían su mayor experiencia histórica (Ramón, 1989; Moreno, 1995); otros buscaron recomponer “pactos” con el estado colonial y las haciendas; algunas solamente rechazaron los excesos sin desarrollar propuestas visibles, y otras incluso llegaron a la autoliquidación étnica como medida extrema, sobre todo en las zonas marginales⁹. En la zona de Cotopaxi se produjeron cinco sublevaciones, una de ellas de gran envergadura: una pequeña en 1746 en Sigchos y Toacazo protagonizada por los mitmajkuna, secundando el alzamiento de Juan Santos Atahualpa realizado en el Perú; otra en 1766 en Molleambato, San Miguel y Cusubamba, “contra el cobro de tributos adelantados” que rompía el ciclo de la economía étnica. En aquella ocasión se planteó la autonomía del Señorío y se proclamó a un Hati; en 1771 se produjo la mayor sublevación en San Felipe contra la numeración; en 1778 los indígenas urbanos de San Sebastián en Latacunga protagonizaron una pequeña escaramuza oponiéndose al traslado de un cura amigo; y en 1797, con ocasión del terremoto, muchos indios de Cotopaxi se unieron a la rebelión contra las aduanas y por la autonomía de los señoríos dirigida por los indios de Riobamba¹⁰

El levantamiento de 1771 de San Felipe muestra comportamientos análogos de los indios a otros observados en la Audiencia: es un levantamiento, en principio antifiscal, en contra de

la “numeración” que les impondría nuevos impuestos. Sin embargo, tiene varios ingredientes particulares: se levantan contra un eventual reasentamiento a Logroño, especialmente de los jóvenes, cuestión que provocó la activa participación de las mujeres. Se levantaron en defensa de sus ganados y de sus pequeñas chacras, que según se creyó serían confiscadas. Ello muestra la existencia de una pequeña economía familiar, tanto de indios sueltos, como de aquellos que trabajaban en los obrajes, a las que estaban dispuestos a defender hasta la muerte. La sublevación muestra una importante participación de mujeres mulatas que trabajaban en los obrajes. Tal alianza entre subalternos es novedosa, puesto que en otros sitios, mas bien los negros y mulatos habían sido utilizados para reprimir a los indios. También se destaca el liderazgo de los mandos medios (un alguacil y alcaldes de comunidad) que lideran a los indios sueltos y a los trabajadores del obraje estatal de La Calera que fuera de los jesuitas, antes de su expulsión. El cacique, un Sancho Hacho Pullupagsig, se mantiene alejado de los acontecimientos, cuestión que muestra que el papel y la actitud de los caciques del área se mantenía cercano a los españoles. De otra parte, es impresionante el coraje y valentía de un indio joven, Lucas Guamán, que llegó a batirse hasta con diez españoles, llamados en la zona “chapetones”. La violencia de los acontecimientos en los que fueron masacrados, golpeados y lisiados varios indios, entre ellos, varias mujeres, denota un dualismo étnico muy rígido¹¹.

9 Salomon, Frank, El shamanismo y la resistencia indígena en el Ecuador, Cultura 21, BCE, 1985, Quito.

10 Ramón, Galo, Los indios y la constitución del Estado Nacional, en Los Andes en la Encrucijada, 1991: 451-455

11 Para una descripción más pormenorizada de los eventos, ver, Moreno, Segundo, Sublevaciones Indígenas de la Audiencia de Quito, 1995: 131-151

Para inicios del siglo XIX, en 1804, el 54% de los indios (4.515 de 8.282 contabilizados) habían sido incorporados por las 242 haciendas de Latacunga, para un promedio de 18,7/hacienda. El porcentaje más alto de “indios sujetos”, estaba en Cusubamba (76%), Pujilí (73%) y San Sebastián (60%); en tanto los más bajos en Toacaso (36%), Isinliví (33%) y Sigchos (28%)¹², lo cual muestra que el avance de la hacienda sobre los indios se produjo en la zona central del valle, tendiendo a desplazar a los indios sueltos a las zonas más remotas y menos fértiles. Ello agrega otra explicación a la degradación ecológica de la cordillera occidental. Por su parte, también para ese año, 1804, se contabilizan 27 obrajes en Latacunga (uno en Alaquez, siete en Saquisilí, seis en Pujilí, dos en Cusubamba, uno en San Miguel y siete en San Sebastián) que en general siguen el patrón de distribución hacendaria, es decir que, funcionaba allí la ecuación obraje-hacienda, que constituye una particularidad de Cotopaxi. El elevado número de obrajes, (más que en Riobamba que en ese año tenía solo once, que Ambato que solo tenía tres y que Quito que tenía 12 chorrillos), muestra que, por su cercanía a Quito y a Nueva Granada, la producción obrajera de Latacunga sobrevivió a la crisis, por tener mano de obra barata y un mercado cercano.

Los señoríos y parcialidades indígenas

Cotopaxi fue en el incario una zona importante, por situarse, como hemos dicho, en el eje longitudinal del Camino Real que conducía a Quito

y en el eje transversal que unía Quijos en la amazonía con los flancos costeros de los pueblos yungas (tsáchilas y otros). Por esta razón, la zona fue intensamente kichuizada, se colocaron mitmajkuna de alto rango, grupos de control militar y camayos que producían bajo el esquema de “archipiélagos verticales”. De esa estructura antigua, quedaban fuertes vestigios en el siglo XVIII: (i) habían mitmas “ingas chinchaysuyos” y “cañares” de elevado rango en Pujilí y Angamarca; (ii) mitmas comunes en San Sebastián, Saquisilí y Alaquez (Guamán marca y Chuquimarca); así como yanaconas en Alaquez y Angamarca (iii) camayos en San Felipe y varios grupos pertenecientes a Angamarca destacados a zonas como Ambato y Salinas; de Alaquez destacados a Pusuquí y Pomasque en Quito; y de Cuzubamba a Pillaro, en el típico modelo de colonias a distancia; (iv) todavía era perceptible la organización tripartita incaica (collana, payan y cayao): habían grupos collana en Cuzubamba, Isinliví y Angamarca; grupos Urinsaya en Cuzubamba, Atunsigchos en Sigchos y (v) habían grupos, al parecer puruhaes, cuyos nombres se parecen mucho a los que estaban en San Andrés de Chunchi, (Tuguán y Patulán) que probablemente fueron movilizados también por los incas (ANH, Q, Cacicazgos).

En la colonia temprana, los caciques de Cotopaxi habían establecido fuertes relaciones de alianza con los españoles (el poderoso clan de los Sancho Hacho), que les habría permitido mantener algunos de sus privilegios. Ello explica que hayan grupos de Vagabundos y Forasteros en Pujilí e Isinliví al mando de señores étnicos locales; también indios de la

12 Udo Oberem: “Indios libres e indios sujetos a haciendas...”, 1804-05, Pendoneros 20, 1981

Real Corona (es decir que tributaban directamente al Rey) en San Felipe; y el hecho de que los “yungas Colorados”, es decir los actuales tsáchilas, habían sido colocados bajo la jurisdicción de los caciques de Sigchos. Sintetizando, para el siglo XVIII, la zona tenía indígenas de siete procedencias distintas (mitmas de elevado rango y mitmas comunes de origen sureño), indios puruhaes y quiteños, indios “vagabundos y forasteros” de diverso origen, los yungas colorados y los indios locales fuertemente kichuizados, lo cual cuestiona una eventual identidad panzaleo, que de otra parte resulta de un equívoco de los arqueólogos¹³. Lo cierto era que, allí se estaba amasando una identidad kichwa sobre la base de clanes familiares, que incluso intentaron captar, sin conseguirlo, a los llamados Colorados.

En el siglo XVIII, funcionaban aún las redes de los antiguos señoríos. De hecho, cada cacique tenía asiento en una jurisdicción (en uno de los trece pueblos) y cobraba los tributos de “sus indios sujetos” que estaban ubicados en el núcleo central y en diversos pueblos. Los ejemplos más extendidos de este tipo de redes los podemos encontrar en los caciques de Alaquez y Angamarca. Los caciques de Alaquez cobraban sus tributos en las siguientes parcialidades: Narváez, Guamán Marca, Ylata, Yanaconas, Sagra, Alón, Choasua, Chuquimarca, Yanque, Collagua, Alaquez, Unache, Pusuquí y Pomazque) situados en diversos sitios del territorio local y extralocal. Lo mismo puede decirse de los caciques de Angamarca, que cobraban los tributos de las parcialidades: Munduqui

o Munduquín, Yanacona, Guallasillí o Gualasí, Collana, Sicoto Cañar, Ipigua, Paliado, Ambato, Pujilí y Salinas. Ello es importante, porque, las identidades de estos cacicazgos poscoloniales tenían dos vertientes: la vertiente territorial (residencia en uno de los trece pueblos) y la vertiente “red de parcialidades”, de manera que, no se adscribían a determinado pueblo, sino a un territorio extenso compartido. Ello ayudó a crear, en nuestra opinión, una fuerte unidad del territorio kichwa de Cotopaxi.

Entre 1700 y 1826, hay cuatro grandes familias que controlan las gobernaciones de los diversos pueblos: los Sancho Hacho (en sus variantes Pullupagsig, Zamora, Espinar, Márquez o Narváez) que manejan los cinco pueblos (San Miguel, Pujilí, Saquisilí, Alaquez y San Felipe); los Hati (en sus versiones Aja, Cañar) que manejan San Miguel, Isinliví, Tigualó, Toacaso y Sigchos; los Cando que controlan Saquisilí, Mulaló y Angamarca; y los Chicaiza que se mueven en Angamarca y Pujilí. Junto a ellos, un conjunto de caciques menores como: los Poinluisa, Tobanda de Angamarca; los Bastidas, Saragosín, Ruiz, Calahorrano, Suárez de Latacunga; Cáceres de Tanicuchí; Ambumala de Cusubamba; Moncayo de Atunsigchos, Toacazos y Colorados; Tandalla de Alaquez; Caizatoa de San Sebastián; Salazar Cordones Betanzos Inga de Pujilí (ANH; Q, Cacicazgos).

Con el ciclo de rebeliones del siglo XVIII, muchos “caciques de sangre” que habían liderado rebeliones en los Andes perdieron el mando, cuestión que se complementó con el proceso de elecciones democráticas

13 Hace cuarenta años, en los 60s se debatió duramente sobre la ubicación de la etnia “panzaleo” a inicios de la colonia. Las investigaciones mostraron consistentemente que ella se ubicó al sur de Quito, en Machali, Aloag, Aloassi y Panzaleo, antes del nudo de Tiupullo.

impulsadas por las reformas gaditanas de 1809-1812. Sin embargo, en Cotopaxi, los registros históricos muestran que hacia 1810-20 son las mismas familias las que mantienen el control, lo cual ratifica nuestra anotación de que se mantenía la alianza con los españoles. También es muy significativa la presencia de cacicas mujeres que litigan por mantener a sus hijos en las direcciones caciquiles: las cacicas Chicaiza de Angamarca, Cando Lazo de la Vega de Mulaló, Márquez Narváez Sancho Hacho de los cinco pueblos, Hati de San Miguel y Titusunta Llamoca de Pujilí y Saquisilí. Estas últimas son parte de poderosas familias regionales que también manejaban la zona de los puruhaes. En verdad, las mujeres eran la base de estos poderosos clanes familiares locales y regionales.

Los señoríos étnicos perderán funcionalidad con la sostenida baja del peso del tributo en las rentas fiscales entre 1830 y su abolición en 1857. La nueva composición de los ingresos del presupuesto estatal de 1858 recogida por Manuel Villavicencio, muestran importantes cambios: el ingreso por las aduanas de Guayaquil y Manta constituyen el 36,26% del ingreso total, generados en su mayoría por las exportaciones de cacao, tabaco y balsa de la costa, complementadas con la exportación de cascarilla, sombreros y ropa de la sierra; los impuestos internos a la producción como los diezmos, la sal, el aguardiente y las alcabalas, pagados especialmente en la sierra constituían el 20,54%; la contribución indígena, que anteriormente financiaba la mayor parte del

presupuesto ha bajado al 12,85%, con lo cual los indios pierden peso económico y político; el empréstito público constituye un 13%, cuya presencia nos acompañará en toda la era republicana hasta el presente en el que es un verdadero dogal; y el 16% restante de varios ingresos burocráticos: papel sellado, pólvora, ramos atrasados, temporalidades, entre otros, de un total de 1'372.800 pesos¹⁴. Los señoríos se disuelven en pequeñas parcialidades y muchos jefes étnicos se mestizan. Este mestizaje de los caciques locales, si creemos en el increíblemente desordenado trabajo de Fernando Jurado, comenzó muy tempranamente en el siglo XVII¹⁵.

El sistema hacendario en el siglo XIX

Una impresionante y voluminosa información recogida por Carlos Marchán sobre 131 haciendas de la zona, que resulta una muestra muy representativa, nos permite seguir la evolución de la hacienda cotopaxeña entre 1818 y 1930¹⁶.

La hacienda predominante es la dedicada a la actividad agropecuaria, también existen algunas haciendas trapicheras, como la denominada "Malqui" en Chugchilán de Juan Manuel Lasso ubicada en la zona subtropical, y aún logran mantenerse en pie algunos complejos de "obrajes-haciendas" como el "Tilipulo" de José Modesto Larrea, el "Obraje" del General Isidoro Barriga, el "Guaytacama" de Aparicio Rivadeneira y Tobar, entre otros, que

14 Villavicencio, Manuel, Geografía de la República del Ecuador, CEN, 1984.

15 Ver, Jurado, Fernando, Sancho Hacho: orígenes de la formación mestiza ecuatoriana, s/f. ABYA YALA-CEDECO.

16 Ver, Marchán, Calos, La estructura agraria de la Sierra Centro-Nore, T.II, 1985

producen para el mercado de Quito y el de Colombia. Alejandra Kennedy y Carmen Fauria estudian uno de los importantes complejos “obraje-haciendas” de la zona, que en silgo XIX comprende: el obraje de Tilipulo, las haciendas “La Compañía o Saquisilí, Guaytacama, las dos Cunchibambas (estas dos en Ambato). También se conectaban las haciendas ganaderas San Juan, Mulaló, Pasanche, La Calera y Churupinto. La producción del obraje se orientaba en el siglo XIX a Popayán, producía artículos de lana hasta mediados del XIX, para lo cual importó maquinaria en 1853. El obraje aún subsistía en 1884, en que sucumbe a la competencia extranjera y se convierte en hacienda agropecuaria (Kennedy y Fauria: 1988:141-220).

Por su parte, las haciendas agropecuarias podían subdividirse entre aquellas que producían básicamente cereales y las que producían principalmente ganado y quesos, división que será importante en los posteriores procesos de modernización. Esta última actividad resulta la más rentable, de acuerdo a una estimación realizada por un embajador francés. la actividad lechera (leche fresca y quesos) lograba un 14% de rentabilidad sobre el capital invertido; le seguía la producción de carne de vacuno que lograba una utilidad neta del 6,9% del capital; y luego la producción agrícola de cebada, maíz, trigo y papa que obtenía una utilidad neta del 5% del capital (Saint Geours, 1994: 160). La rentabilidad de las haciendas queseras resultaba de lejos la mejor opción, en una época en la que las haciendas han perdido sus mercados

a distancia y solo tienen los mercados domésticos. Ello explicará el surgimiento de un sector modernizante de terratenientes en la sierra, dispuestos a introducir cambios en las relaciones de servidumbre al interior de la hacienda.

La hacienda se ha expandido a toda la zona occidental, incorporando las zonas altas y subtropicales. La información no es explícita en el caso de la cordillera central, aunque por el aumento de propiedades, cabe imaginarse que su “conquista” era agresiva. En las zonas altas de la cordillera occidental, están registradas las haciendas de Guangaje de José Alvarez y Torres, la de Tigua de los Herederos de Juan Pío Escudero, Salamalag del General Manuel Matheu y Herrera, hoy territorios muy degradados; en el flanco externo, haciendas como La Provincia; en Sigchos haciendas como Silajo, Chinalo, Guayama y Magdalena, para mencionar las principales. El número de propietarios también ha crecido, para 1871, en la provincia de León hay 1.433 propiedades avaluadas en más de 200 pesos¹⁷. Ese crecimiento no se debe a la existencia de un activo mercado de tierras, sino a formas tradicionales de traspaso de la propiedad. De la documentación referida, en los 112 años, apenas se registran 118 compraventas directas (1,05/año), predominando las divisiones por herencia (77 testamentos) y 47 juicios de partición de bienes. La figura más socorrida es el arrendamiento: en esos mismos años se registra 175 contratos de arrendamiento (1,56/año), lo que muestra que la clase dominante “local” no residía en sus predios, ni siquiera en

17 La provincia de León tenía dos cantones, el de Tacunga y Ambato, de manera que a este número de propiedades debe restarse las que pertenecen a Ambato. En todo caso, crecieron con relación a las 212 registradas a inicios del siglo.

Cotopaxi. Tampoco la figura del arrendamiento jugaba un papel modernizador de la propiedad, porque los arrendatarios no realizaban ninguna inversión, todo lo contrario, sobreexplotaban los predios y la fuerza de trabajo, cuestión que se añade a las razones de deforestación de la zona. Las localidades estaban controladas por poderes locales integrados por pequeños terratenientes, arrendatarios de haciendas, los curas, los tenientes políticos y los quilcas.

Como hemos señalado, los propietarios de las haciendas de Cotopaxi, no crearon una verdadera clase dominante local de carácter regional, sino pequeños sistemas de dominación local. En ello incidieron varios hechos notables: la cercanía a Quito, que permitía que muchos integrantes de la élite quiteña tengan haciendas en Latacunga, o la posibilidad de que los grandes hacendados locales se trasladasen a Quito, sin perder la propiedad de esas unidades. Los estragos producidos por las erupciones y los terremotos del siglo XVIII, alentaron este tipo de proyectos. Cicala relata que varias Ordenes Religiosas evitaron construir sus escuelas de formación o levantar grandes edificios en una zona tan inestable desde el punto de vista telúrico. Igual estrategia tuvieron varios hacendados. Por ejemplo, el hijo del Marqués de Maenza, que era dueño de dos grandes haciendas y un obraje, jamás residió en la zona. Otro ejemplo es el del Marqués de Miraflores que se trasladó a Quito en 1751 (Jurado, s/f:288). Pero no solo los marqueses, también los hacendados menos encopetados: doña Rosa Carrión Velasco se trasladó a Quito en 1781, también Miguel Carrión Quiñónez que vivía en Quito en 1840, pero que fue incluso Corregidor de Latacunga (ibid: 331). Gente de la élite quiteña adquirió propiedades

en Latacunga. La lista es muy larga, mencionemos a Manuel Larrea Jijón que adquirió Mulinlibí en Cotopaxi en 1796, José Carrión Velasco que compró la hacienda Alaquez en 1804... Este comportamiento es generalizable a buena parte de propietarios, razón por la cual la figura precapitalista del arrendamiento fue la principal forma de manejo de esas unidades. Ello explica que no haya habido una real presión por crear un Cabildo local, que mas bien surgió tardíamente impulsado por la racionalidad estatal que creó este cuerpo intermedio a inicios del XIX, para administrar ese territorio con mayor fuerza.

Otra forma de ver esta conformación local de los pequeños sistema de dominación, es analizar las fiestas y los íconos religiosos. Los diversos pueblos tienen iconos religiosos de carácter local: el Niño de Isinche, que está en la iglesia de la Hacienda de Isigche cerca de Pujilí; el señor de Cuicuno, que se encuentra en el Santuario de Cuicuno y tiene devotos de varios sitios; el señor de Macas o Maquitas, que está en la iglesia de Poaló (pueblo de mestizos); el Corazón de Jesús del Arbol, que está en una casa particular de Saquisilí; el señor de la Calera en Latacunga que tiene devotos de su localidad, así como la Virgen de la Merced llamada La Peregrina, alrededor de la cual se organiza la fiesta de la Mama Negra que hoy en día es divulgada como la fiesta general de la zona; en Angamarca existen tres imágenes del Niño Jesús que cuentan con devotos particulares; la Mamá Natividad que está en una comuna de Saquisilí, y luego pasó a la Casa Campesina; San Francisco o Taita Pancho que tiene gran popularidad entre los indígenas; y en las comunidades indígenas de Guangaje, Tigua y Zumbahua se hace culto a la Rumi Cruz. Todos ellos son

íconos locales, que dieron lugar a fiestas locales.

Una coyuntura particularmente difícil que vivieron las haciendas y que refleja su grado de vulnerabilidad, fue aquella producida entre 1818 y 1830, ocasionada por los combates de la independencia. La economía se desorganizó, el cambio del aparato burocrático central, las reclutas forzadas de ambos bandos, las requisiciones de vituallas y animales, las deudas que tenían las haciendas (denominadas “censos” en la época) y hasta la activa militancia en el bando independentista de muchos de los hacendados quiteños que tenían propiedades en la zona, conspiraron contra la economía hacendaria. Los hacendados de Cotopaxi pidieron una rebaja del interés de los censos del 5 al 3%, porque según decían que el gobierno español

“ha procurado destruirlos y sepultarlos (a los pueblos) en la más espantosa miseria (y) que las grandes haciendas que contiene este cantón se hallan, como sucede en lo general en la provincia, tan recargadas de principales acensuados que no conocen propietarios, sino unos inquilinos que sacrifican su sudor y sus desvelos en benéfico de los censuallistas” (ANH,Q, Censos y Capellanías, C.76:1821-23)

Muchas de las haciendas no podían pagar las deudas de los tributos de sus conciertos y aquellos que compraron a crédito los bienes de temporalidades (expropiados a los jesuitas en 1767) tenían dificultades en pagarlos. En 1818 tres haciendas debían los tributos de sus conciertos, en 1819 otras tres, en 1820 subieron a 8, igual número en 1821, llegando a 20 en 1822 y a 38 en 1823, para descender a 26 en 1824 (Marchán, 1985). Varias haciendas fueron rematadas

y tan temprano como 1833 debieron acudir al naciente capital financiero bancario, para hipotecar sus predios. En la documentación revisada hemos contabilizado 93 hipotecas para el período mencionado, lo cual muestra que los terratenientes vivían endeudados hasta los huesos. En este caso, también el capital financiero jugó un papel parasitario que succionaba los ingresos de los terratenientes que usaban esos dineros para financiar otras actividades económicas o sus gastos personales, sin desarrollar procesos de modernización.

El aspecto más significativo que revela la documentación que comentamos, es la importancia que va adquiriendo el acceso, manejo y posesión del agua. Este recurso que parecía sobrar en el siglo XVIII, comienza a escasear a partir de 1832, cuando aparecen los cuatro primeros contratos de uso de agua. Caldas en 1804-05, a diferencia de las impresiones de Cicala que estuvo treinta años antes, habla de un valle árido que se mantiene mas bien de los obrajes:

“este pueblo (de Saquisilí) situado en medio de un arenal estéril, mantiene muchos indios, lo que le hace uno de los mejores beneficios del obispado. No ocupar estas manos la labranza, sería luchar contra un suelo ingrato; pero la industria le trae de todas partes la abundancia y las riquezas. Ocupados en los obrajes de Tilipulo, labran la lana de todos los partidos, y ricos, hacen ver que un poco de industria puede mantener millares de hombres sobre el suelo más árido e ingrato” (Caldas, en Manuel Miño, 1984:177).

Los juicios de agua crecen en el transcurso del siglo. También aparecen contratos de apertura de acequias, y contratos de servidumbre de aguas: entre 1832 y 1930 hemos contabilizado

43 juicios de este tipo, a un promedio de 0,43/por año, que revela una alta conflictividad. Aunque no tenemos una explicación exhaustiva del problema, la falta de agua e interés por su acceso, es un claro indicador de una disminución producida por la expansión de las haciendas a la altura, que habrá disminuido la

capacidad de retención de agua en esos suelos. También puede deberse a un crecimiento de la demanda por el crecimiento del número de propiedades y de su uso irracional, tema que debe ser profundizado¹⁸. Tanto los obrajes como las haciendas demandaban agua.

18 Algunos estudiosos del clima han hecho notar que desde 1850 comienza un proceso de disminución de la humedad en los páramos ecuatorianos.

CAPÍTULO 2

LA MODERNIZACIÓN AGRARIA:

1910-1990

Los intentos más tempranos de modernización en la zona, fueron protagonizados por los dueños de los obrajes. En 1833, José Modesto Larrea firmó un contrato de “compañía” con Esteban Joleaud para “*mejorar, adelantar y perfeccionar las manufacturas del obraje de Tilipulo*”, incorporando las máquinas necesarias que serían importadas de Chile. El proyecto fracasó. Años más tarde, en 1853 se logró la mecanización parcial del obraje. Ello suscitó una fuerte impresión de un observador de la época que comentó que

“Hay dos de ellas –se refería a dos fábricas– montadas en grande con máquinas traídas de Europa, una en el valle de los Chillos –de Jijón– ...de algodón y otra en Tilipulo... de lana. Todas las demás –añadía– son montadas en pequeño y por así decir domésticas... (Lisbo, Miguel, En Kennedy, et. al, 1988:205).

Sin embargo, el esfuerzo de convertir a los obrajes en fábricas resultó modesto: debía enfrentarse a una competencia cerrada con los productos extranjeros, en condiciones de un mercado pequeño. El principal incentivo de la modernización provenía de la demanda de textiles del sur de Colombia que estaba expandiendo su economía, pero sus demandas fueron finalmente cubiertas por los textiles europeos: la golondrina de Tilipulo no hizo un verano modernizador. Como por obra de un dios reaccionario de las profundidades, un nuevo terremoto, el de 1877, puso fin a los

intentos modernizadores: “*los últimos obrajes de los alrededores de Latacunga se cerraron y su expansión prácticamente terminó*” según lo destacó Saint Geours (1994,141)

La modernización de las haciendas serranas se volvió a plantear en tiempos del boom caacotero, entre 1875-1930. Se lograron con mucho esfuerzo crear ciertas condiciones favorables: un sector modernizante de la clase terrateniente serrana dispuesto a sustituir importaciones para abastecer con alimentos a la costa; un presidente de la República, Eloy Alfaro, decidido a vencer los Andes con la construcción del ferrocarril en la zona más escabrosa del mundo. Por fin el sueño se cumplió, el ferrocarril Quito-Guayaquil se terminó de instalar en 1908. Empero, se demostró que ello no era todo lo que se necesitaba: poderosas fuerzas políticas acechaban contra el proyecto modernizador.

En la sierra, el sector tradicionalista de la clase terrateniente, no tenía interés alguno ni en el ferrocarril, menos en la posibilidad de sustituir importaciones para abastecer a la demanda costeña y a la ciudad de Quito que experimentaba una ligera expansión. Se aferraban a la comodidad de mantener el statu quo, la servidumbre en las haciendas, pero sobre todo, el control de los poderes locales, en los que la hacienda ocupaba el papel central. Tampoco los grandes plantadores costeños tenían interés en la modernización, ni siquiera en el

ferrocarril. No tenían nada que vender a la sierra, sus ganancias no habían sido invertidas en ninguna industria, preferían importarlo todo bajo el cómodo discurso del libre comercio. Apoyar el proteccionismo que reclamaban los modernizadores serranos, les habría significado elevar el costo de los bienes que importaban (harinas, textiles, zapatos, machetes, etc), lo cual habría presionado por unos salarios que no estaban dispuestos a elevar (ibid:148).

Con todo, el ferrocarril comenzó a funcionar y varios hacendados comenzaron a transportar, desde 1910, leche fresca, quesos y ganado en pie a Quito y a la costa. Esas propiedades en capacidad de articularse a esta coyuntura modernizadora, debían reunir varios atributos: pertenecer a hacendados modernizantes productores de ganado y leche, estar cercanos al ferrocarril para bajar costos de transporte, tener en sus haciendas condiciones ecológicas favorables. Pero sobre todo, debían estar dispuestos a introducir una reforma crucial en sus relaciones con los conciertos y huasipungueros: desprenderse de la mayor parte de ellos para ampliar el área de pastizales. El estudio de Arcos y Marchán en la zona de Guaytacama, muestra que algo de esto comenzó a producirse en esa parroquia desde 1910, pero el grueso de haciendas no reunía condiciones como las señaladas. Más aún, el asesinato de Alfaro en 1912 desbalanceó el precario empuje a favor de los tradicionalistas. La crisis de la exportación cacaotera, que comenzó a declinar desde 1914 y que se profundizó en 1925, desaceleraron el proyecto: la modernización del agro serrano,

tampoco fue posible con el boom cacaotero, que pasó como los cien años de soledad de García Márquez, sin dejar rastro alguno.

Entre 1925 y 1948, el Ecuador buscaba desesperadamente un nuevo producto de exportación que lo colocara nuevamente en los mercados, ya que la alternativa industrializadora que tomaron otros países de la región les resultaba muy lejana. Las veleidades modernizadoras, solo habían sido eso, pequeños fogonazos que no lograron superar el carácter primario de la economía, de las mentes y de los intereses de los exportadores. Como por obra del mismo diablo, el nuevo producto apareció: el boom bananero, que se expandió entre 1948 y 1965. Con él se produjo una nueva oportunidad para modernizar a la producción de la hacienda serrana. La demanda de leche se amplió en los mercados y comenzó a incentivar la producción hacendaria. Los terratenientes coto-paxeños, sin embargo, tampoco respondieron a esa demanda, o lo hicieron muy tímidamente¹⁹. Un balance del número de propiedades que se habían desprendido de sus huasipungueros entregándoles tierras hasta 1959, máximo indicador de un cambio en las relaciones internas, mostró que ello fue muy modesto en Latacunga.

Veamos los datos de entrega de huasipungos hasta 1959.

PROVINCIA	% HUASIPUNGOS	% SUPERFICIE
Carchi	92,1	41,4
Imbabura	24,3	23,9
Pichincha	26,9	27,3
Cotopaxi	4,3	6,6
TOTAL		100

Fuente: Barsky, et.al:174-175

19 Guaytama comenzó a vender leche fresca en cantidades apreciables desde 1936.

Más bien fue la zona del Carchi y de Pichincha las que tuvieron un mayor empuje para hacerlo: tampoco el boom bananero obró el milagro, a pesar de que el gobierno de entonces, de Galo Plaza, un prominente terrateniente modernizador propagandizó la leche como el símbolo de la alimentación de un pueblo desarrollado.

Sin embargo, por fin el cambio se produjo. Este llegó por la combinación de un poderoso impulso estatal y de la mano de producción de leche, que se expandió desde el norte hasta Latacunga. La presión estatal se canalizó a través de la Reforma Agraria de 1964, que tuvo un efecto muy significativo en la supresión de las relaciones precarias (huasipungaje, yanapería y sistema de partidos). Esta vez, la presión sobre la tenencia de la tierra obligó a los terratenientes a modernizarse, so pena de perder sus propiedades. Al mismo tiempo, los terratenientes tradicionales, especialmente los cerealeros y paperos, aprendieron de los modernizadores que era posible separar las tierras marginales, especialmente los páramos, para entregarles a los huasipungueros y liberarse de una presión interna que los acosaba. Ello les permitió intensificar la producción en las mejores tierras: planas, estables, fértiles, regables y manejables: era la llamada vía junker o modernización terrateniente. De hecho, el gobierno de las Fuerzas Armadas acompañó a la Reforma Agraria con grandes incentivos para la modernización: lo que no pudieron los dos booms en Cotopaxi, lo logró el nuevo modelo de industrialización por sustitución de importaciones, que de manera tardía se implementó en el país.

A nivel de la unidad productiva, el desplazamiento de los cultivos tradicionales por los forrajes se operó por dos vías: la expansión de las superficies dedicadas a los pastos y con la siembra de alfalfa, producto que requiere abundante riego (Breuer, 1993:8). También las grandes fincas realizaron una importante mejora genética del ganado e introdujeron nuevas prácticas: inseminación artificial, control veterinario, adición de alimentos minerales concentrados. Para 1978 ya se había producido la modernización. Quintero señala que ella se produjo bajo los siguientes elementos: (i) en muchos casos terratenientes regionales fueron desplazados por terratenientes de origen comercial; (ii) se redujo la superficie de las haciendas; (iii) disminuyeron la fuerza de trabajo interna; (iv) aumentaron la superficie de pastos para la producción lechera, disminuyendo la producción de artículos tradicionales; y (v) mejoró la gestión y la tecnificación de la empresa lechera. Al mismo tiempo se produjo un acelerado crecimiento urbano, una mayor diferenciación campesina, el surgimiento de nuevos tipos de población rural y un mayor rol de las unidades domésticas. De acuerdo a PRONAREG-ORSTOM (1980:112), las parroquias dedicadas a la producción lechera eran: casi todas las de Latacunga y las parroquias de Pujilí, Salcedo, Mulliquindil, Saquisilí, Canitilín y la parte baja de Canchagua.

No solo las grandes haciendas se dedicaron a la producción lechera, también las medianas e incluso los campesinos, que mejoraron su ganado criollo a través de cruces e incorporaron algunos cambios en su manejo:

20 Para 1978, en Pichincha y Cotopaxi se asentaban 28 de las 65 plantas procesadoras de Leche. El complejo Avelina-ILESA y la fábrica INDULAC, de acuerdo a Arcos y Merchán no vienen de capitalistas que acumularon en la agricultura

sogueo, producción de forrajes. En la zona, la principal empresa pasteurizadora que se instaló fue INDULAC²⁰, que procesaba leche líquida hacia 1987 el 28% de la producción del mercado. Sus principales proveedoras eran las grandes haciendas, que entregaban diariamente más de 500 litros, es decir, tenían hatos superiores a las 70 vacas lecheras. Como señala Breuer, es muy significativo que los proveedores, en el caso de Indulac, son siempre los mismos en los 20 años que él investiga, es decir tienen un carácter territorial. Este inmovilismo de la relación oferta-demanda, no promovió ningún cambio adicional del inicial proceso de modernización, es decir, el proceso se estancó. Es posible que los vínculos personales entre la clase terrateniente, justifique este comportamiento. En todo caso, la modernización inicial provocó cuatro efectos devastadores: la ruptura de las complementariedades productivas entre las zonas altas y bajas al separar el páramo del valle; la minifundización de los campesinos, que eran necesarios como fuerza de trabajo barata; un empleo relativamente bajo de fuerza de trabajo, que adicionalmente no podía competir con los grandes abastecedores y la degradación más acelerada del páramo, sometido a procesos de producción tradicionales. El estancamiento de la modernización por el inmovilismo de los abastecedores de leche, no jugó ningún papel dinamizador para corregir estas iniquidades.

De todas maneras, la modernización producida por la producción lechera, cambió la estructura de Cotopaxi. Una investigación realizada por el equipo de Marcelo Naranjo en 1983, elabora

una nueva zonificación de la provincia en la que se conjugan variables como: el grado de desarrollo capitalista, la disposición de infraestructura productiva (riego, vías, electricidad, parque industrial), el peso de la economía campesina y de la etnicidad, la presencia de relaciones salariales, las características ambientales y grado de urbanización. Ellos distinguen seis zonas²¹:

- **Zona de mayor desarrollo capitalista (A):** integrada por el valle interandino norte (parroquias Guaytacama, Tanicuchi, Pastocalle y Mulaló). Su producción dominante es la lechera y las agroindustrias. Tiene riego de ríos Punacunchi y Cutuchi; dispone de vías de comunicación (carretera panamericana y ferrocarril; y una copiosa red de caminos vecinales); tiene electricidad; parque industrial (tuercas, Ecuatubex, Compac, Necchi) y empresas de madera. Junto a ellos hay un sector de campesinos minifundistas que ofrecen mano de obra barata a las empresas, pero no todos encuentran trabajo en la zona, deben migrar. Predominan las relaciones salariales; casi no se habla kichwa, es zona de fuerte mestización.

- **Zona de mayor desarrollo artesanal (B):** comprende el occidente del valle interandino. Es una zona quebrada, tiene poco riego y los terrenos son arenosos. Producen cabuya y una zona de gran minifundización. Tiene muchos caminos vecinales (segundo y tercer orden) que se comunican con la Panamericana. Se ha desarrollado la artesanía que se combina con la agricultura familiar. La producción artesanal explora ramas como: la alfarería en El Tejar, La Victoria y El Calvario;

21 Hemos modificado el nombre de la zona D, llamada de enclaves, por "zonas precapitalistas, por corresponder mejor a la definición que se propone.

tatora (cestas, esteras) en Papana Sur; de reutilización del caucho en Chan cerca de Latacunga y de artículos elaborados de cabuya. La producción agro-artesanal tiene una fuerte vinculación al capital comercial. Se mantienen las mingas, las fiestas, la religiosidad popular, el vestido local y el kichwa. Empero hay procesos de diferenciación y un acelerado cambio cultural, por la vía de la influencia del comercio.

- **Zonas de mayor influencia indígena (C):** está integrada por varios sitios que difieren en condiciones ecológicas, altura y calidad del suelo. No hay un proyecto exógeno de manera que las comunas se han rearticulado sobre sus propias formas organizativas y por tanto hay cierta separación de los factores estructurales de la zona (CAAP, 1981:11). Predomina la presencia indígena en: Tigua-Guangaje, Zumbahua y los Páramos de Sigchos que fueron latifundios de la iglesia que pasaron al estado, arrendadas a particulares y que mediante intensas luchas campesinas lograron obtener la tierra en tiempos de la reforma agraria; las estribaciones de la cordillera cercanas al valle interandino (Jachahuango, Jatun Tigua, Allpamalag) que obtuvieron la tierra con enfrentamientos violentos, registra una menor minifundización, es una zona indígena en la que se habla kichwa; y la zona de Cusubamba, donde las haciendas iniciaron una incipiente modernización, se produjo una minifundización tardía y predominan las relaciones salariales con la aplicación de la reforma agraria. Algunos campesinos tienen posibilidades de cierta acumulación, se habla kichwa y se mantienen muchos elementos culturales indígenas.

- **Zona con relaciones precapitalistas (D):** son zonas marginales en las que subsisten relaciones precapitalistas que mantienen sometida a una población indígena por parte de sectores mestizos que controlan el poder, a través de relaciones tradicionales. En ella se incluyen a Sigchos y Angamarca. Aquí se mantienen relaciones de aparcería entre 700 blancos y mestizos con unos cinco mil indígenas.

- **Zona de colonización (E):** Se localiza en la ceja occidental de la montaña. Es una zona subtropical de reciente colonización. Se produce caña de azúcar, café y cítricos. No hay grandes latifundios, predominan las fincas de tamaño mediano. Hay una vía, la Latacunga-Quevedo, que sin embargo sirve a un pequeño sector (La Maná, la Esperanza, Pilaló); en el resto hay caminos de segundo y tercer orden. La mayoría de habitantes proviene de la región interandina y de algunas provincias de la costa. En Pangua se produce aguardiente, elaborado por pequeñas empresas familiares. Solo en Ramón Campaña existen 2.000 trapiches ilegales. Funcionan complejas redes de comercialización, en donde la pequeña burguesía de la zona urbana desempeña un importante papel. También se produce naranja, café y cacao, que venden a comerciantes que recorren los caminos para comprar la producción.

- **Zona Urbana (F):** Corresponde a las zonas urbanas de Latacunga, Pujilí, Saquisilí y Salcedo. En estas zonas se concentran las actividades burocráticas-administrativas y las actividades comerciales. Ello las relaciona de manera muy dinámica con Quito. Las zonas de Pujilí, Saquisilí y

Salcedo son lugares de ferias semanales y están articuladas por el capital comercial. También se realizan actividades artesanales a tiempo completo, sobre todo cerámica en Pujilí²².

¿Qué pasó luego de esta primera gran modernización de la zona entre 1987 y el 2001? ¿Se produjo una nueva modernización en Cotopaxi, como ha acontecido en la Sierra Norte de Pichincha e Imbabura? Los datos del último censo del 2001, nos plantean algunas respuestas: se produjo una ampliación del 40% de la superficie bajo UPA, de 324.947 has a 457.199, es decir se “colonizó” nuevos territorios del flanco occidental; en la sierra los cultivos de pastos y papa crecieron muy poco, en cambio se abandonó el trigo y aparecieron de manera muy modesta nuevos productos como el tomate de árbol y las flores; la verdadera ampliación se produjo en la zona litoral, pero fue un cambio de expansión, más que de transformación: creció en 8,4 veces la producción de fréjol, en 4,8 veces la de cacao, en 3,4 veces la de café, en 2,7 veces la de maíz duro y en 1,5 veces de la banano. La producción de caña bajó en un 11% y apareció una modesta producción de palma africana y de maracuyá. Con esta ampliación, el balance general en la provincia entre pastos cultivados (77.127 has) y cultivos (89.652 has) se modificó ligeramente a favor de los cultivos. A nivel de la producción pecuaria, los cambios no fueron significativos: el número de vacunos creció 1,7 veces, el de porcinos, 1,97 veces, el de ovinos se mantuvo casi igual, apareciendo una importante producción de gallinas (Censo Agropecuario, 2001).

Nuestra conclusión es que no se produjo realmente una nueva modernización de la actividad agropecuaria en estos últimos años veinte en

Cotopaxi, se trató de un crecimiento de la región litoral con nuevos artículos primarios, un tímido apareamiento de nuevos productos en la sierra que no lograron masificarse y un pequeño crecimiento de la actividad porcina y avícola, que sin embargo, no lograron cambiar el modelo lechero. En este sentido, se cumplió el vaticino de Breuer de que, el modelo de oferta y demanda lechera por su inmovilismo, no otorgaban dinamia al modelo. Sin embargo, además de la ampliación de la “Zona de Colonización” se modificaron las relaciones precapitalistas que existían en la zona D, de manera que cambió moderadamente el Mapa trazado por el equipo de Naranjo en 1983.

La diferenciación campesina

Hacia 1920, cuando aún funcionaba el concertaje, comenzó una diferenciación incipiente de los campesinos. Aquellos conciertos que lograban buena producción y precios altos de sus productos, podían pagar al patrón sus obligaciones con dinero y dedicarse más a sus parcelas. También pudieron comprar tierras al hacendado (Arcos y Merchán, 1978:23) Es posible como argumenta Quintero, recogiendo a Paola Silva, que estos gérmenes de diferenciación campesina se daban, puesto que el huasipunguero titular era una especie de “centro” sobre el que se agrupaban: yanaperos, arrimados, arrendatarios, partidarios y peones libres (Silva, 1978:33-34).

Sin embargo, los verdaderos procesos de diferenciación debían darse después de la reforma agraria, cuando los campesinos recibieron, también de manera diferencial,

tierras. La tradición interpretativa esperaba dos posibilidades: una diferenciación por la vía junker que al privilegiar la modernización de las grandes unidades, terminara proletarizando y disolviendo a las comunidades. La otra posibilidad era la vía campesina de modernización, por la cual, los campesinos logran convertirse en farmer. Sorprendentemente, ni lo uno, ni lo otro se dio: otra vez, la experiencia europea, de la que se extraían estas posibilidades, servía muy poco para interpretar a los países andinos. Se trataba, sin duda, de un proceso muy complejo. La realidad se mostraba esquiva para las interpretaciones: si bien, era cierto que las diversas investigaciones encontraban importantes diferencias territoriales, procesos de proletarización incompleta denominados “sub o semi proletarización”, grandes migraciones estacionales que producían cambios culturales en las personas y una combinación muy amplia de estrategias de reproducción social, también era cierto que, a pesar de todos estos procesos, los indígenas buscaban, sobre todo, reconstruir sus comunidades.

La reforma agraria consolidó una clara diferencia territorial entre lo que Chiriboga llama Sierra Norte Empresarial (cuenca lechera entre Carchi y Latacunga) y sierra campesina (desde Latacunga al Sur del Ecuador); a tiempo que, remarcó la diferencia entre un campesinado mediano situado en la cordillera central húmeda y comunidades indígenas pobres ubicados en la cordillera occidental seca. Por ejemplo, Chiriboga encuentra que en 1985, los campesinos de Salcedo, uno de los importantes cantones de Cotopaxi, se habían diferenciado territorialmente: Salcedo Central y Occidental en que eran minifundistas el 97,15%

de las familias y tenían menos de 3 has. y el Salcedo Oriental que tenían mayor cantidad de tierras y lograban “altos rendimientos en el cultivo de papa, ajo, hortalizas e incluso ganadería” (Chiriboga, 1985:103-104). En el Salcedo Central y Occidental encuentra un importante proceso de “semiproletarización”: *una de cada cuatro personas en edad de trabajar debe salir de la zona*. Entre los migrantes temporales, anota que, *“el 78,2% de los que venden fuerza de trabajo son jefes de familia”*, pero ello, curiosamente, les permitía que *“una gran masa de campesinos pueda permanecer en el campo”* (Chiriboga, 1985:104). Esta diferenciación entre zona oriental y zona occidental era extensible a toda la zona serrana de Cotopaxi, seguía las condiciones ecológicas previas y configuraba una división perversa del espacio. Otra investigación mostró que los campesinos pobres debían combinar una serie de estrategias para poder sobrevivir: de 111 familias investigadas en Guaytacama por Arcos y Marchán, solo nueve vivían exclusivamente de la producción agropecuaria, en tanto las 97 combinaban la agricultura, la artesanía, el comercio y la venta de la fuerza de trabajo en las empresas agrícolas de la zona y fuera de ellas (Arcos y Marchán:33). Familias con menos tierra, combinaban también sus estrategias acentuando la migración: en la comuna de Pilacumbí, que es una comunidad históricamente de indios libres, frente a la escasez de tierra en 1984, se vieron obligados a migrar a Quito: el 42% de los jefes de familia migran regularmente, lo cual ha reorganizado la división del trabajo al interno de la familia (el 81,9% de las mujeres se dedican a la agricultura y sólo el 36,8% de los hombres se dedican a esta actividad). Una buena parte de los migrantes, el 45,7% se dedican a la construcción.

Otros venden su fuerza de trabajo en las empresas locales. Es decir, la modernización creó un amplio sector de oferentes estacionales de trabajo para Quito.

Sin embargo, también hubo campesinos que disponiendo de más tierra, pudieron emprender procesos más campesinos: Martínez en un estudio de los años 80 en la cooperativa de Cotopilaló, formada por 70 familias exhuasipungueros y exarriados, encuentra dos cosas importantes, una fuerte vinculación al mercado a través de la venta de papas que ha dado lugar al apareamiento de un grupo de comerciantes campesinos, pero al mismo tiempo una baja proletarización: el 94,3% de los hombres y el 97,1% de las mujeres se dedica exclusivamente a la agricultura, aunque un 20,9% de ellos vende su fuerza de trabajo a los otros. Solo el 5,7% se dedican a la industria, construcción y artesanía y apenas un 4% de ellos son proletarios (Martínez, 1984:154). Martínez considera que allí se estaba produciendo una vía campesina de desarrollo, “cuyo primer éxito puede resumirse en: aumento de la producción sin expulsión de fuerza de trabajo (ibid:171).

Tomando en cuenta todos estos estudios, habrían cinco factores de diferenciación campesina: (i) una previa a la modernización, dada por las condiciones heterogéneas de los huasipungueros (Buitrón establece que habían huasipungueros con una y media cuerdas de extensión e ingresos de 966,25 sucres y otros que tenían 6 a 7 has que satisfacían sus necesidades, generaban excedentes y contaban hasta con 5 cabezas de ganado (Buitrón:35); (ii) la inserción al mercado de ciertos huasipungueros, tal como los de Guaytacama; (iii) la presencia, desde la reforma agraria,

de relaciones salariales. También puede deberse a un acceso diferencial a tierras en el momento de la Reforma Agraria, como el caso de Cotopilaló estudiado por Martínez: el 68,4% de los huasipungueros tenía entre 5 y 18 has., o la diferencia entre arriados que no recibieron tierra y los huasipungueros que si accedieron a ella; (iv) el acceso al riego, el acceso a fuerza de trabajo (contratación o movilización a través de mecanismos de reciprocidad cuando se tiene más tierras o grandes parentelas) y el modo de cultivo (arado a bueyes). En la zona también ha sido importante el modo de vida (ahorro personal, religión evangélica, eliminación del licor y del priestazgo); y (v) una diferenciación por comunas (entre aquellas que tenían tierras comunales y la que no las tenían). De 7 comunas de Guaytacama, a mediados de los 70, tres poseían tierras comunales y las otras cuatro no. Una tenía riego y las otras seis no (la comuna Pupuna Norte del río Pumanuchi). También accedían al crédito del Banco de Fomento para comprar abono químico, utilizaban tractores alquilados y poseían ganado vacuno. Ellos producían leche que la entregaban a la pasteurizadora: empero, apenas representaba el 1% de la leche que allí se procesaba). Muchos extendieron sus propiedades a merced de campesinos arruinados que abandonaban el campo; accedían a fuerza de trabajo asalariada y habían convertido en aparceros a muchos campesinos (Arcos y Marchán).

Sin embargo, estos estudios que recogen un proceso de diferenciación real, olvidaban un importante detalle: estos procesos se daban en medio de familias indígenas que eran portadoras de elementos comunitarios andinos y que su estrategia

principal era la reconstrucción de la comunidad, por lo que en verdad, las estrategias de diferenciación estaban atravesadas por el comunitarismo, lo cual nos permite hablar de “una vía comunitaria andina de sobrevivencia y diferenciación campesina”²³. Los elementos de esa “vía comunitaria” son bastantes claros: funcionan mecanismos de reciprocidad comunitaria para el acceso a la tierra. Sánchez Parga, mostró para el caso de Salamag Chico, toda una estrategia de parentesco para acceder y controlar franjas de tierra por casamientos, compadrazgos y por formas de reciprocidad muy variados²⁴. También el acceso a la fuerza de trabajo apela a instituciones comunitarias (maquitamañachic, randimpak), al reparto de la producción (chucchir o ración), que bien pueden incluir algún tipo de salario y comida, así como otras prestaciones (de animales de tiro, reproductores e incluso préstamos económicos), que muestran una “vía

comunera” no tanto de desarrollo, sino de sobrevivencia. Tampoco se trata de una comunidad homogénea. Sin duda, estas formas comunitarias, incluyen también procesos asimétricos y permiten procesos de diferenciación. Sin embargo, al inscribirse dentro de una lógica comunitaria, los procesos de diferenciación son matizados. La comunidad aparece, como ese espacio territorial de pertenencia e identidad, en el que conviven familias de diverso nivel económico formando pequeñas redes de afinidad y parentesco, que tienen relaciones jerárquicas atravesadas por un discurso comunitario. Debe reconocerse que, en la zona, las comunidades mantienen un fuerte control de estos procesos, y que ellos constituyen la base de su comportamiento corporativo, que dio origen al proceso de revitalización y organización étnica que es ahora perceptible, a pesar de la diferenciación y pauperización que vive la zona.

23 Este tema lo desarrollé ampliamente en: Ramón, Galo, et.all, Comunidad andina y desarrollo endógeno, 1982, CAAP.

24 Sánchez, Parga, Estructuras de Parentesco e los Andes, Salamag Chico, 1984: 154-216

EL COMPORTAMIENTO POLÍTICO INDÍGENA

El comportamiento político indígena y su capacidad de incidir en el rumbo de los acontecimientos depende de dos factores: de su peso cuantitativo y de su capacidad cualitativa, es decir, su organización, su capacidad de movilización, generación de propuestas, establecimiento de alianzas y de negociación. Desde el punto de vista cuantitativo, la población indígena de Cotopaxi que fue mayoritaria hasta finales del siglo XVIII, había ido descendiendo paulatinamente hasta 1830 cuando se creó el estado nacional. Entre 1830 y 1950 se produjo un descenso significativo. Lamentablemente, no hay información disponible de la población en el período intermedio de esas dos fechas. Demasiado tiempo en que ocurrieron muchos cambios: la movilización compulsiva de población indígena para construir las obras nacionales, realizada por García Moreno entre 1860-70 y el pago en trabajo o “contribución subsidiaria” que cobraban los municipios locales a los indios hasta 1895; la pérdida de la capacidad de la hacienda serrana de su capacidad de adscribir a los indios a sus predios y las migraciones masivas a la costa entre 1870 y 1930 en medio del boom cacaotero; y el ataque a la servidumbre realizado por la revolución liberal para liberar a la fuerza de trabajo, entre 1916 y 1950. No es posible calibrar el impacto de cada una de estas grandes coyunturas, pero juntas promovieron una amplia movilización indígena fuera de sus comunidades que produjeron en común, aculturación y mestizaje. Para 1950, la población

indígena de Cotopaxi cayó drásticamente al 38,3% y es minoritaria en la provincia. Desde esa fecha, hay un lento descenso hasta que en el 2001, significa el 24,8%. Este descenso lento tiene que ver con la poderosa revitalización étnica que vivió la zona a partir de 1970, que sin embargo, no ha sido suficiente para detener los procesos de aculturación.

Sin embargo, la presencia indígena es importante en la zona, de manera que ha jugado y continuará jugando un papel central en los procesos hacia el futuro.

Veamos los datos de población, antes de examinar el comportamiento político:

**EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN INDÍGENA EN COTOPAXI:
1783-2001**

Años	Total	Indígena	%	Fuentes
1783	50.280	38.027	75,6	ANH,Q.Numeración Corral y Narrío
1825	67.856	55.814	82,3	Empadronamientos; Enumeración de Villalengua, AGI, Q381 o 412
1950	165.602	63.426	38,3	INEC, Censo 1950
1962	192.633	68.259	35,4	INEC, Censo 1962 y Estimaciones Galo Ramón
1974	236.313	72.460	30,7	INEC, Censo 1974 y Estimaciones Galo Ramón
1982	273.575	77.145	28,2	INEC, Censo de 1982 y Estimaciones Galo Ramón
1990	286.926	81.016	28,2	INEC, Censo 1990 y Estimaciones Galo Ramón
1995	331.860	83.534	25,2	Estimaciones Galo Ramón
2001	349.540	86.658	24,8	INEC, Censo 2001 y Estimaciones Galo Ramón

Indios sueltos e indios de hacienda y poder local

La diferencia entre indios sueltos e indios de hacienda, clasificación que comenzó a usarse profusamente desde inicios del siglo XIX, no era una división formal, sino que tocaba profundamente a los comportamientos políticos, sobre todo, después de la supresión del tributo y de los grandes caciques. Los indios sueltos vivían en pequeñas parcialidades que debían relacionarse directamente con los poderes locales parroquiales: los tenientes políticos, registradores oficiales y los tinterillos, los comerciantes y chicheros, los curas, los hacendados, mayordomos y arrendatarios de haciendas tomados como un conjunto, los rematadores de diezmos y en general todos los blancos de los pueblos. Los “indios sueltos” estaban sometidos a un conjunto de relaciones inequitativas y de abusos: debían pagar el trabajo subsidiario en dinero o fuerza de trabajo, eran reclutados forzosamente para realizar obras públicas; debían pagar los diezmos y arreglar las iglesias y cementerios; debían construir los “embarrerados” para los juegos de toros en las fiestas de los pueblos; debían pagar coimas y multas a los tenientes políticos y registradores públicos; entre otras. Al perder a sus grandes caciques, las parcialidades debieron, como bien lo destaca Kim Clark, atraer al estado liberal como estrategia para manejar los abusos del poder local. En muchos casos se apropiaron de ese discurso, lo combinaron con aquello de ser “pobrecitos e ignorantes”, logrando en algunos casos frenar los reclutamientos forzados y otras exacciones (Clark, 2004: 120). En otras ocasiones, lograron negociar con los municipios locales el pago del trabajo subsidiario en fuerza de trabajo a cambio de mantener el

acceso a tierras comunales o a cierta autonomía interna. Lo interesante de las parcialidades, es que, a pesar de la brutal dominación en la que vivían, fueron las que mantuvieron la idea de “comuna” que sirvió luego como modelo de vida a los indios que rompían con la hacienda.

Por su parte, los indios sujetos a la hacienda, tenían una relación “mediatizada” con el conjunto del poder local, por su relación directa con el patrón. Los estudios de diversas haciendas nos muestran que, en el espacio hacendario se producían relaciones de explotación y violencia, matizados por complejas relaciones rituales que buscaban establecer “pactos” de convivencia entre indios y hacendados (Ramón, 1987, Guerrero, 1991). Sin embargo, en el caso de Cotopaxi, una buena parte de las haciendas eran manejadas por arrendatarios interesados en maximizar los coeficientes de explotación de sus trabajadores, antes que reeditar pactos de continuidad, razón por la cual, estas relaciones adquirieron mayor dureza y violencia. La documentación recogida por Marchán, a la que ya nos hemos referido anteriormente, muestra una serie de conflictos de “baja intensidad”: siete juicios de cuentas entre indígenas y arrendatarios, uno de ellos con maltratos físicos. También se constatan otros seis juicios entre propietarios y arrendatarios; un despojo de tierra de un arrendatario de la hacienda Cusigpe contra la comunidad, otro a los indígenas de Guangaje y otro más en Suritambo (Marchán, 1986).

Aparecen en la documentación referida una serie de nuevos conflictos: cuatro juicios por abigeato entre 1856 y 1884, atribuidos generalmente a indígenas, cuestión que puede encubrir problemas entre las haciendas y

los indios sueltos. También dos juicios de servidumbre de tránsito, uno en 1888 y el otro en 1907, que revelan el control territorial y la presión hacendaria contra los indios sueltos. También son reveladores cinco juicios de aguas entre la hacienda y los pobladores de San Miguel, Guaytacama y Mulaló. En el caso de Guaytacama deben convenir en sacar una acequia que sirva tanto al pueblo, como a la hacienda: estos problemas serán un típico tema de la modernidad.

La organización de los indios de hacienda, la comuna y las organizaciones actuales

Los indios sujetos a las haciendas comenzaron a tener problemas agudos en los años 1930-40, especialmente en las haciendas arrendadas. Es probable que estos problemas ya existieran antes, pero que se expresaran como conflicto público en esa década, por el apoyo que el partido comunista y la FEI les otorgaron. Celso Fiallos, un antiguo militante comunista me refirió su estancia en las haciendas de la Universidad Central, en Salamalag Chico, Guangaje y La Provincia apoyando las luchas. Lo más notable, más allá del apoyo a las reivindicaciones indígenas, fue el notorio desencuentro entre los sueños de uno y de otro: *“éramos personas acostados en la misma cama, pero con distintos sueños”*, acota Celso. En efecto, los indios pedían en esos años “la entrega de nuevos husipungos” a los hijos y arrimados, en tanto los comunistas planteaban la subida de los salarios y la formación de “koljoses” (cooperativas rusas) para la producción de la tierra.

El salto entre una conciencia por reclamar la vigencia del antiguo pacto entre hacienda/trabajadores y el reclamo de la tierra, tuvo varios caminos. El pacto se rompió más fácilmente cuando la relación enfrentaba a trabajadores con arrendatarios, porque estos últimos no tenían la legitimidad del patrón y además al sobreexplotar a los trabajadores rompían toda posibilidad de pacto aceptable. Sobre esa ilegitimidad pudo trabajar la izquierda para encontrarse con el pensamiento campesino. Por ejemplo, en la década de los 40, los campesinos de las haciendas de Cotopilaló y Razuyacu” relataron a los de CESA que estas haciendas de la Curia Metropolitana de Quito

“eran arrendadas por el terrateniente Tapia Vargas, éste explotaba inmisericordemente a los huasipungueros; éstos inclusive recibían castigos y maltratos físicos... había implementado un sistema de represión y terror con el objeto de mantener sumisos a sus trabajadores y extraer mayor cantidad de renta de trabajo y productos. Ante esta situación, los huasipungueros empiezan a organizarse para “ver qué hacer ante los maltratos del patrón”; se reúnen por primera vez en la casa del huasipunguero Antonio Corrales (Cotopilaló) y tras esta primera experiencia logran realizar cada vez más reuniones. A estas reuniones las denominan “juntas” y son el primer germen de las actuales organizaciones campesinas del área... Los representantes de las “juntas” luego de la muerte violenta del huasipunguero Manuel Herrera en 1949 (muerte causada por maltratos físicos por parte del terrateniente) viajan a Quito y se contactan con la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI) ligada al partido Comunista del Ecuador. La FEI se transforma en la asesora de las juntas para lograr algunas reivindicaciones de los huasipungueros (fundamentalmente mejores condiciones

de trabajo). Este proceso Juntas / FEI, dura hasta 1966 aproximadamente, año que los huasipungueros acceden a la tierra y se empieza a constituir las actuales formas organizativas, las comunidades. Posteriormente, en la década de 1970 con la presencia de CESA y de otros agentes externos (principalmente partidos políticos de izquierda), se gesta la primera organización de segundo grado que aglutina a las comunidades de base: Mushuc Patria (Patria Nueva); esta organización es atacada por el Estado y sus instituciones, por los partidos políticos de derecha, por el poder local representado por los nuevos terratenientes (“cholocracia”) y por el párroco de Toacazo; la principal acusación que se hace a Mushuc Patria es de comunistas y revolucionarios. A finales de la década de 1970, los campesinos organizados alrededor de Mushuc Patria, deciden cambiar de nombre y, se constituye la actual Unión de Organizaciones Campesinas del Norte de Cotopaxi, UNOCANC” (CESA, 1987:25-26).

Otro camino, fue el explorado por la iglesia progresista, que en Cotopaxi, tomó como bandera la educación. En palabras de sus autores, el Sistema de Escuelas Indígenas de Cotopaxi, SEIC,

“la experiencia nace en la zona de Quilotoa, en el páramo talvez más alto de la provincia de Cotopaxi... Por los años 70 frente a un analfabetismo casi absoluto, cerca del 80% de esta zona, la educación nace para dar respuesta a los procesos de desarrollo y liberación necesarios en un pueblo que se enfrentaba a la lucha por la tierra, por un comercio justo y por la educación. En 1976 en la comuna de Guayuma existía un centro de alfabetización bilingüe y luego en un punto importante en la batalla por la tierra. Era una escuela diferente a las escuelas hispano hablantes, valoraba la cultura, el idioma materno, los valores y decisiones eran comunitarios,

tenían educadores del lugar, y era vigilada por la misma comunidad... En el año 1977 la experiencia de esta comuna se traslada a la parroquia Zumbahua, y nace la primera escuela en la comuna de Sarahusha, y aquí la escuela también tiene su génesis para contrarrestar el poder de los cabecillas que habían surgido como herencia de los tiempos de la hacienda” (Farfán y Martínez, 1993:134).

El encuentro entre el pensamiento progresista de la iglesia y el campesinado se da en nivel de la cultura y en el propio idioma, lo cual permitía otra lectura del problema de la tierra: hacerlo desde la conciencia étnica. Pero adicionalmente, la iglesia progresista buscaba romper la estructura de “cabecillas” que enfrentó a la hacienda, así como, unir el tema de la tierra con el “comercio justo” y desarrollo”, dimensiones que no estuvieron en la óptica de la izquierda comunista. Era un camino difícil de recorrer por los cambios que ello implicaba. No obstante, por la tenacidad de los activistas de la iglesia, el proceso logró formar educadores comunitarios bilingües reconocidos y crear el centro de educación media “Jatari Unancha”, en 1989. Esta experiencia influirá en el proceso nacional de construcción de la educación bilingüe, pero tendrá dificultades para lograr los otros propósitos.

El camino para el salto de la lucha por la tierra a la conciencia étnica, fue mejor interpretado por las organizaciones de segundo grado apoyadas por “algunas instituciones privadas” que crearon el Movimiento Indígena de Cotopaxi”, MIC. La reivindicación del kichwa fue la base de la afirmación étnica, tal como lo escribe Jorge Guamán

“estuvo por desaparecer el quichua, y los indígenas mas bien tenían recelo

de hablar el quichua en los vehículos, no poder interpretar, peor en las oficinas”, entonces “el 8 de diciembre de 1981 nace la radio para el trabajo con la población indígena” (Guamán, 1993:199).

Obviamente, no solo fue radio Latacunga la que aportó al proceso de revalorización del kichwa, también lo hizo la educación bilingüe y los propios evangélicos. La diferencia del MICC es que, a la par fue creando estructuras organizativas de segundo grado que ofrecieron una nueva proyección a las organizaciones comunales y trabajó con los clanes familiares que se incorporan al proceso con todas sus redes. Se juntaron entonces, estructuras modernas como las organizaciones de segundo grado, con comportamientos corporativos comunales y clanes familiares de antigua data: tal el encuentro que hizo posible el surgimiento de un movimiento indígena en una zona colapsada, que parecía destinada a la proletarización y migración definitivas.

El avance sobre los gobiernos seccionales

El siguiente reto del movimiento indígena fue pasar de la conciencia étnica a los temas del desarrollo y el poder local. El reto ha sido asumido a través de la participación política formal en las elecciones para disputarse los poderes seccionales. Para ello, el MICC negocia con sus OSGs y con los clanes familiares las candidaturas, buscando polarizar la contradicción étnica (indios-mestizos), promoviendo un voto corporativo (resoluciones comunales que deben

ser observadas por todos los miembros) y con alianzas corporativas (con las organizaciones campesinas de La Maná, a las que se les pide un comportamiento similar a las comunidades indígenas). Es decir que, la frontera étnica se une, en cierta manera con el corte rural/urbano, para lograr resultados positivos. Los líderes educados en el sistema de educación bilingüe y otros, en el aparato formal, encabezan estos procesos, logrando controlar algunos gobiernos locales frente a la atomización del mundo mestizo, que por carecer de una clase dominante unificada, no logran presentar un bloque unitario. Desde el punto de vista de la táctica, la combinación de las contradicciones clasista, rural/urbanas, comportamiento corporativo y liderazgo escolarizado, se ha mostrado eficaz hasta el momento, pero tiene limitaciones

El problema más duro, es plantearse el problema del desarrollo local. Por el momento, el movimiento indígena apuesta a una administración más equitativa y racional de las rentas estatales (el 15% que se entrega a los gobiernos seccionales). El planeamiento participativo (provincial, cantonal y parroquial) busca una inversión más equitativa en líneas como: educación, salud y saneamiento, fortalecimiento socio-organizativo, desarrollo urbano, agropecuaria, comercialización, turismo, artesanía y en la dimensión ambiental como campo transversal²⁵. El consenso de los gobiernos locales, las organizaciones sociales y los comités interinstitucionales, buscan ser la clave de la coordinación, implementación, movilización de recursos y vigilancia del proceso (ibid:13).

La propuesta ha logrado movilizar, en el proceso de planeamiento provincial a cerca de cuatro mil personas, que representan a numerosos actores locales y de apoyo externo. El proceso ha permitido identificar áreas estratégicas, políticas y un conjunto de programas y proyectos. También se han formado técnicos locales y se ha consolidado el apoyo de los agentes de desarrollo que están dispuestos a mantener su trabajo en el área. Es decir, se están creando condiciones para una nueva “gobernabilidad local”. Sin embargo, aunque ya se cumplieron los primeros cuatro años de gobierno provincial, no disponemos de datos duros que muestren que la administración de los gobiernos ha logrado mayor equidad y eficacia.

La posibilidad de ir más allá de la buena administración del 15% de las rentas estatales, plantea una serie de nuevos retos. De ellos resultan estratégicos cuatro: primero, un nuevo

ordenamiento territorial que permita reconstruir las bases productivas (manejo de suelo, cubierta vegetal y agua) de la zona central y occidental; segundo, una nueva propuesta de modernización que busque un pacto con los empresarios, sobre todo de la sierra, para promover líneas que generen mayor empleo local, para, por esa vía y la de los impuestos locales, redistribuir los beneficios; tercero, una combinación de los métodos de participación corporativa, con formas ciudadanas modernas, que adicionalmente, posibiliten pasar a un discurso de la interculturalidad, más que las opciones dualistas y las prácticas corporativas; y cuarto, la posibilidad de desarrollar un pacto de reinversión local con todas las fuerzas económicas que actúan en la zona, para crear una economía local. El procesamiento de la producción primaria, especialmente costeña, parece una alternativa potente. Tal las expectativas para un cambio profundo.

25 Ver, Plan Participativo de Desarrollo de Cotopaxi, Consejo Provincial, et.all, 2004

CONCLUSIONES

Entre 1740 y la actualidad, Cotopaxi ha atravesado por dos grandes períodos: el de la hacienda-obraje que se consolidó tras la crisis del sector textil entre 1740 y 1910; y un segundo período de modernización agraria, de la mano de la producción lechera hasta 1980 y a través de la expansión a la zona subtropical occidental, desde entonces. En la actualidad se preanuncia un posible nuevo período, que provisionalmente lo denominaríamos de “redistribución indígena”, que ha comenzado, pero aún no tiene el suficiente tiempo histórico para su evaluación.

En cada uno de estos períodos es posible reconocer algunos subperíodos. En el período de la hacienda-obraje, podemos identificar tres subperíodos: el del predominio del obraje sobre la hacienda entre 1740 y 1790; el del predominio de la hacienda sobre la producción obrajera entre 1790 y 1870; y la consolidación de la hacienda entre 1870 y 1910, en la que prácticamente desaparecen todos los obrajes de la zona. En todos estos subperíodos, jugó un papel notable la influencia positiva o negativa del mercado externo que fue el que definió los períodos de auge o crisis del obraje, su rearticulación al mercado colombiano, la consolidación de la hacienda lechera y cerealera y su escasa articulación al auge cacaotero. Sin embargo, también tuvo importancia central en la zona el factor telúrico, sobre todo las erupciones del volcán Cotopaxi que ayudaron a sepultar bajo sus ruinas los procesos de crisis provocados por el mercado. En todo este período, fue notable la existencia

de una clase dominante extralocal, generalmente ubicada en Quito, pero representada por arrendatarios que tenían escaso compromiso con el desarrollo de la zona, por esta razón, funcionaba un conjunto de poderes locales pequeños, que tampoco lograron una propuesta hegemónica para Cotopaxi. Por su parte, el mundo indígena, tras la crisis de sus cacicazgos y la consolidación de la hacienda-obraje, debió luchar o negociar en dos frentes: el de los indios libres con los sistemas de dominación local; y el de los indios sujetos con sus respectivos hacendados. Fue sin duda una lucha por la resistencia, que aunque costó una importante mestización, permitió el mantenimiento del referente comunal, posibilitó acumular experiencia en la relación con el estado y el discurso liberal para usarlo a su favor y convertir a la hacienda en un espacio de reproducción étnica.

El segundo período fue más activo. Registró un subperíodo entre 1910 y 1960 de tímida modernización de la hacienda, que buscaba el cambio entre salidas tradicionales y de modernización. El cambio se precipitó de manera rápida, entre 1960 y 1980, en el que la hacienda se modernizó masivamente, adoptando, todas aquellas que pudieron hacerlo, la estrategia de producción lechera, por la vía “junker”. El proceso de modernización se estancó literalmente en 1980, en estos últimos veinte años asistimos a una ampliación de la colonización e incorporación de la zona subtropical y al abatimiento de las relaciones precapitalistas, proceso que no representa, en nuestra

opinión, una nueva modernización, sino una mera ampliación de las tendencias anteriores. La modernización que se produjo en la zona fue absolutamente inequitativa para los indígenas que debieron agruparse en la cordillera occidental, sometida a prácticas intensivas e inapropiadas (quema del páramo, ampliación de la frontera agrícola a la altura, acciones mecánicas contra la pendiente, cosecha del abono orgánico animal para venderlo fuera del ecosistema, monocultivos de cereales por migración) se desertizaron rápidamente, sucumbiendo a la intensa erosión eólica e hídrica que siempre azotó a los suelos. Por su inmovilismo, el proceso de modernización tendió a consolidar la inequidad, no abrió oportunidades de empleo masivo, tampoco dinamizó a su propio desarrollo, de manera que se concentró en el valle regado, con estrategias productivas que hoy resultan cuestionables. El proceso de modernización creó un nuevo mapa de distribución del desarrollo capitalista, desigual y heterogéneo, con

zonas precapitalistas, artesanales y de resistencia étnica.

Lo más significativo del proceso fue el surgimiento del movimiento indígena por diversos caminos, que permitieron pasar de una lucha por pactos justos con la hacienda a la reivindicación de la tierra, y de ésta a una conciencia étnica. La formación de organizaciones de segundo grado de carácter local, llevó a una disputa de los gobiernos locales, en los que han tenido cierto éxito al movilizar alianzas étnicas y corporativas. En este punto, el movimiento indígena se enfrenta al verdadero reto de lograr alianzas interculturales de mayor envergadura y de una ciudadanía más democrática, buscar el desarrollo sostenible, afectar la estructura inequitativa de la provincia y recuperar masivamente los ecosistemas afectados. ¿Será posible que este nuevo proceso nos lleve a un período de crecimiento más racional, equitativo y sostenido de la zona de la mano de los indígenas? Tal es el reto.

BIBLIOGRAFÍA

Archivos

ANH, Indígenas, 37, 1720
ANH, Q, Cacicazgos
ANH, Q, Empadronamientos, Numeración de Corral y Narrío, 1783;
Empadronamientos; Enumeración de Villalengua, 1825
ANH,Q, Censos y Capellanías, C.76:1821-23
ANH,Q.Numeración Corral y Narrío

Libros, revistas y artículos

- Arcos, Carlos
1984 Espíritu de Progreso: los hacendados en el Ecuador del 900,
Revista Cultura, BCE, Vol. VII, 19: 107-134, Quito.
- Arcos, Carlos y Carlos Marchán
1978 Guaytacama y Cusubamba: Dos modalidades de Desarrollo de la
Agricultura Serrana, Revista de Ciencias sociales, Vol.II, 5: 13-51,
Quito.
- Assadourian, Carlos
1982:121 El espacio peruano, IEP, 1982, Lima
- Barsky, Oswaldo
1984 Reforma Agraria Ecuatoriana, CEN, FLACSO, Quito
- Barsky, Oswaldo y Gustavo Cosse
1981 Tecnología y cambio social. Las haciendas lecheras en el Ecuador,
FLACSO, Quito
- Borchart, Cristiana,
1988 La Audiencia de Quito, Aspectos económicos y sociales,
Pendoneres 23, IOA, 1998, Otavalo
- Breuer, Toni,
1993 ¿“Agribusiness” estímulo al desarrollo?: el caso de la economía
lechera en los Andes ecuatoranos, en Geografía Agraria, Vol 5,
CEN,
- CESA,
1987 Proyecto T:T:P: una experiencia de participación campesina,
CESA-UNOCANC, 1987, Quito
- Chiriboga, Manuel
1984 “La crisis agraria en el Ecuador: Tendencias y Contradicciones
del Reciente Proceso”, en Louis Lefebvre (Ed.) Economía Política
del Ecuador, CEN, Quito: 91-132.

-
- Cicala, Mario
1994 (1771) Descripción histórico-topográfica de la Provincia de Quito de la Compañía de Jesús, IGM, Aurelio Espinosa Pólit, 1994, Quito
- Clark, Kim
2003 La formación del Estado ecuatoriano en el campo y la ciudad, 1895-1925, en Procesos 19, 2003, UASB, TEHIS, CEN, Quito
- Guamán, Jorge
1993 La comunicación y la educación no formal, en Interculturalidad y Educación Bilingüe, COMUNIDEC, FIA, 1993, Quito
- Guerrero, Andrés
1991 La Semántica de la dominación. Libri Mundi, Quito
- INEC, Censo 1950; 1962; 1974; 1982; 1990; 2001
- Jurado, Fernando,
S/f Sancho Hacho: orígenes de la formación mestiza ecuatoriana, s/f. ABYA YALA-CEDECO
- Kennedy, Alexandra y
Carmen Fauria Roma
1988 Obrajes en la Audiencia de Quito: Tilupulo, en Revista Historia Económica Ecuatoriana, No.4, 1988, BCE, Quito
- MAG-Proyecto SICA, INEC
2001 III Censo Nacional Agropecuario
- Marchán, Carlos
1986 Estructura Agraria de la Sierra Centro-Norte, T.II, BCE, Quito
- Martínez, Luciano
1986 Articulación Mercantil de las Comunidades Indígenas de la Sierra Ecuatoriana, en Louis Lefeber (Ed.) Economía Política del Ecuador, CEN, Quito
- Moreno, Segundo
1995 Sublevaciones Indígenas de la Audiencia de Quito, ABYA YALA, Quito
- Naranjo, Marcelo (Coordinador)
1983 Cultura Popular en el Ecuador, T.II, Cotopaxi, CIDAP
- Consejo Provincial de Cotopaxi
2004 Plan Participativo de Desarrollo de Cotopaxi, Consejo Provincial, Cotopaxi
- PRONAREG-ORSTOM
1980 Las Zonas Socio-Económicas Actualmente Homogéneas de la Sierra, en "Diagnóstico Socio-económico del medio rural Ecuatoriano, T.II, Quito
-

-
- Quintero, Rafael y Erika Silva
1991 Ecuador, una nación en ciernes, Colección Estudios, T:II y III, Quito
- Ramón, Galo, et.al,
Comunidad andina y desarrollo endógeno, CAAP, Quito.
- Ramón, Galo,
1991 Los indios y la constitución del Estado Nacional, en Los Andes en la Encrucijada, FLACSO, Quito
- Saint Geours, Yves,
1994 Economía y Sociedad. La Sierra Centro Norte, (1830-1875), en Nueva Historia, Vol.7, CEN, Grijalvo, Quito
- Salomon, Frank,
1985 El shamanismo y la resistencia indígena en el Ecuador, Cultura 21, BCE, Quito.
- Sánchez, Parga,
1984 Estructuras de Parentesco en los Andes, Salamalag Chico, 1984, CAAP, Quito
- Stevenson, William
1994 Narración histórica y descriptiva de 20 años de residencia en Sudamérica, ABYA YALA, Quito
- Sylva, Paola
1986 Gamonalismo y Lucha Campesina, ABYA YALA, Quito
- Tyrer, Robson
Udo Oberem:
1981 "Indios libres e indios sujetos a haciendas...", 1804-05, Pendoneros 20, IOA, Otavalo
- Velasco, Juan
1994 (1780) La Historia del Reino de Quito, T.III, BCE, Quito
- Villavicencio, Manuel,
1984 Geografía de la República del Ecuador, CEN, Quito

ANEXO

COTOPAXI:

Bibliografía comentada 1740-2001

Esta bibliografía ha sido preparada para los estudiantes de desarrollo local de Cotopaxi, del programa IEE-CAMAREN. Tiene como objetivo ofrecer una bibliografía comentada básica sobre los principales trabajos que se han realizado sobre el área entre 1740 y el 2001. Aunque la bibliografía podría ser extensa, debido a que, la zona de Cotopaxi o aspectos del contexto están en un considerable número de trabajos, se ha seleccionado aquella que es imprescindible en toda reflexión sobre el área. La bibliografía ayudará a los estudiantes a preparar los trabajos derivados del curso y será una ayuda permanente para su ejercicio posacadémico en el trabajo práctico. Para facilitar la revisión de la bibliografía se la ha dividido en temas que siguen un orden cronológico, según los subperíodos históricos que ha atravesado Cotopaxi en los tiempos señalados. Se proponen 21 textos. Para cada material se ofrece una breve reseña sobre aquellos aspectos que trata cada texto y que son relevantes para el área de estudio.

1. Sobre la crisis textil del siglo XVIII

- *Borchart, Cristiana, La Audiencia de Quito, Aspectos económicos y sociales, Pendoneros 23, IOA, 1998, Otavalo.* Estudia la producción textil en la Audiencia de Quito, el auge en el siglo XVII y crisis del siglo XVIII. Analiza las reformas borbónicas que impactaron en el mercado de los textiles y en la reorganización administrativa. El estudio permite analizar el

- contexto general de la crisis.
- *Moreno, Segundo, Sublevaciones Indígenas de la Audiencia de Quito, ABYA YALA, 1995, Quito.* Uno de los aspectos más importantes de la crisis textil y de la imposición de las reformas borbónicas, fue el ciclo de levantamientos ocurridos en la Audiencia en el siglo XVIII. El autor ofrece una descripción detallada de cada levantamiento, proponiendo adicionalmente, causas específicas, más allá de los temas económicos. El levantamiento de 1771 de San Felipe es particularmente relevante para el área de estudio.

2. La formación de los complejos obraje-hacienda

- *Kennedy, Alexandra y Carmen Fauria Roma, Obrajes en la Audiencia de Quito: Tilupulo, en Revista Historia Económica Ecuatoriana, No.4, 1988, BCE, Quito.* A través de un estudio de caso, las autoras analizan la formación y funcionamiento de uno los complejos jesuitas más importantes del área, formado por varias haciendas agropecuarias que abastecían al obraje. Las autoras analizan sus intentos de modernización, su crisis en el siglo XIX y su transformación en una hacienda agropecuaria a finales de ese siglo.

3. La hacienda y la economía en el siglo XIX

- *Udo Oberem: "Indios libres e indios sujetos a haciendas...", 1804-05, Pendoneros 20, IOA, 1981, Otavalo.* Los indios fueron clasificados en el siglo XVIII con relación a la sujeción a la hacienda, en

“libres” es decir que no eran trabajadores de la hacienda, y en “sujetos”, que trabajaban como conciertos en ella. Esta distinción, en principio fiscal, porque estaba relacionada sobre a través de quién debía pagarse el tributo, resultó fundamental en los comportamientos políticos. Oberem hace un balance del número de indios que estaban en una u otra condición al iniciar el siglo XIX, pueblo por pueblo, lo cual nos permite calibrar la situación de la hacienda y de los señoríos étnicos tras la crisis del siglo XVIII.

- *Saint Geours, Yves, Economía y Sociedad. La Sierra Centro Norte, (1830-1875), en Nueva Historia, Vol.7, CEN, Grijalvo, 1994, Quito.* Este artículo estudia de manera específica a la región centronorte de la Audiencia de Quito (Quito-Riobamba). Analiza los aspectos clave que configuran la región, de manera que permite entender a Cotopaxi, dentro de su contexto en el siglo XIX.

4. La Formación del Estado Nacional y las localidades

- *Ramón, Galo, Estado y Localidades en el siglo XIX, en “El Desarrollo Local en el Ecuador, historia y métodos, COMUNIDEC, 2004, Quito.* El autor estudia la integración nacional en el siglo XIX, como un proceso de negociación y conflictos entre el aparato central, las regiones y las localidades. El análisis nos ofrece un contexto de los principales debates suscitados en el Ecuador alrededor tema, cuestión que permite ubicar a la localidad de Cotopaxi.
- *Clark, Kim, La formación del Estado ecuatoriano en el campo y la ciudad, 1895-1925, en Procesos 19, 2003, UASB, TEHIS, CEN, Quito.* Es un trabajo muy útil para entender la relación entre Estado Central, poderes locales

y comunidades indígenas libres en el contexto liberal. La autora muestra cómo las comunidades debieron atraer al estado e incluso apropiarse del discurso liberal para contener los abusos de los sistemas de dominación local. Un estudio similar hace falta para Cotopaxi.

5. La Modernización Agraria

- *Arcos, Carlos, Espíritu de Progreso: los hacendados en el Ecuador del 900, Revista Cultura, BCE, 1984 Vol. VII, 19: 107-134, Quito.* Analiza las mentalidades de los terratenientes modernizantes que estaban dispuestos a introducir cambios en las relaciones internas de la hacienda. Util para calibrar los debates en torno al tema.
- *Arcos, Carlos y Carlos Marchán, Guaytacama y Cusubamba: Dos modalidades de Desarrollo de la Agricultura Serrana, Revista de Ciencias sociales, 1978, Vol. II, 5: 13-51, Quito.* Estudio pionero sobre los procesos de modernización de haciendas de una localidad de la zona. Ofrece mucho material empírico básico para analizar las diversas estrategias campesinas tras los procesos de ruptura con la hacienda.
- *Barsky, Oswaldo, Reforma Agraria Ecuatoriana, CEN, FLACSO, 1984, Quito.* El autor desarrolló una tesis controvertida, según la cual, el proceso de modernización de las haciendas serranas, fue comandado por un sector modernizante de la clase terrateniente. La Reforma Agraria solo habría complementado ese proceso. Recoge mucha información estadística, útil para calibrar los cambios en el agro serrano.

-
- *Ecuador, FLACSO, 1981, Quito.* La modernización de la sierra norte del Ecuador se operó de la mano de la producción lechera. Los autores estudian los cambios tecnológicos, el papel del estado y los terratenientes modernos en estos procesos. Muy útil para analizar los cambios en la llamada “cuenca lechera” que incluye al valle central de Cotopaxi.
 - *Breuer, Toni, ¿"Agribusiness" estímulo al desarrollo?: el caso de la economía lechera en los Andes ecuatorianos, en Geografía Agraria, Vol 5, 1993, CEN.* Aunque el propósito es estudiar los “agribusiness en un país periférico, el estudio aporta con una tesis central que caracteriza la actividad lechera: un fuerte inmovilismo de la oferta y demanda lechera (relación empresas-proveedores) que explica que, el dinamismo inicial del primer momento de modernización se haya estancado. Clave para entender el carácter “inmovilista” de la producción lechera, que en nuestra opinión reclama un cambio.
 - *Chiriboga, Manuel, La crisis agraria en el Ecuador: Tendencias y Contradicciones del Reciente Proceso, en Louis Lefebvre (Ed.) Economía Política del Ecuador, CEN, 1984, Quito: 91-132.* Los procesos de modernización agraria suscitaron profundos cambios en la economía campesinas: procesos de diferenciación, empobrecimiento, migraciones, fracturas microregionales, entre otros. El estudio ofrece información empírica sobre la zona de Cotopaxi muy útiles para cotejarlos con estudios actuales.
 - *Martínez, Luciano, Articulación Mercantil de las Comunidades Indígenas de la Sierra Ecuatoriana, en Louis Lefebvre (Ed.) Economía Política del Ecuador, CEN, 1986, Quito.* Otro de los cambios suscitados con la modernización agraria, fue la vinculación más activa de las economías campesinas con los mercados locales. ¿Era posible una vía campesina de creación de pequeños farmer en Cotopaxi?. Esta pregunta sigue vigente, aunque ahora sabemos que el carácter comunitario de estas economías cruza profundamente el tema, en aquel momento poco conocido.
 - *Quintero, Rafael y Erika Silva, Ecuador, una nación en ciernes, Colección Estudios, T:II y III, 1991, Quito.* Aunque el estudio es muy amplio y ofrece un análisis de la construcción nacional, nos parece muy útil para los estudiantes el Tomo II en que se evalúa el proceso de modernización. Sintetiza las diversas corrientes de interpretación (vía junker y vía campesina), que se debatieron antes de los 90, en los que poco conocíamos de las comunidades indígenas.
 - *Naranjo, Marcelo (coord.), Cultura Popular en el Ecuador, TII, Cotopaxi, CIDAP, Quito.* Es muy útil la evaluación del proceso de modernización realizado en la zona en 1983, que les permite levantar un mapa de caracteriza a las diversas microregiones, de acuerdo al grado de desarrollo, de la provincia. También realiza un estudio de las artesanías que se producen en Cotopaxi, las ferias, la arquitectura, el vestido, la cocina popular y algunas manifestaciones de la música popular.
 - *Sánchez, Parga, Estructuras de Parentesco en los Andes, Salamalag Chico, 1984, CAAP, Quito.* La antropología y la etnohistoria propusieron una lectura diferente de la diferenciación campesina. Ella se realizaba en un medio cultural andino de antiguo raigambre. De hecho, muchos de los procesos económicos y sociales se matizan por la presencia de esta milenaria cultura. El estudio de las estrategias de parentesco, muestra que comunidades como Salamalag
-

Chico, en Cotopaxi, apuntaban a reconstruir sus comunidades y a controlar la tierra desde redes parentales, generalmente ignoradas por los clásicos estudios de diferenciación social. Muy útil para matizar a los estudios económicos.

6. El comportamiento político indígena

- *Ramón, Galo, El Regreso de los runas, COMUNIDEC, 1992, Quito.* ¿Había algún proyecto político tras los procesos de reforma agraria, reconstitución de las comunidades y construcción de las organizaciones mayor grado de coalición?. El autor muestra que se buscó reconstruir un territorio étnico, al mismo tiempo que construir modernas organizaciones para participar en la vida nacional. Clave para entender la politicidad indígena, por detrás de los discursos y las acciones prácticas.
- *Ramón, Galo, Cotopaxi al debate, 1740-2001, IEE-COMUNIDEC, 2004, (doc), Quito.* ¿Por qué se desertizó la zona central y oriental de Cotopaxi en donde se asientan las comunidades indígenas?, ¿por qué no existe una clase dominante unificada en la zona?, ¿cuáles son los retos de la propuesta indígena para pasar de una conciencia étnica a comandar el desarrollo local?, son entre otras, las principales preguntas que de manera provocativa el autor lanza a los estudiosos de la región. Aporta con una importante información empírica para tratar los temas. Básico para los estudios locales de los asistentes al curso.

7. Monografías generales

- *Barriga López, Franklin, Monografía de la provincia de Cotopaxi, 8 tomos, s f, Ambato.* Voluminosa y útil monografía sobre Cotopaxi, elaborada desde la visión tradicional de un hijo del lugar. Contiene abundante información sobre la geología, orografía, religión, idioma, vivienda y vestuario, educación, aspectos culturales, filantropía, periodismo, costumbres, deportes, pintura, escultura, música, personajes, etc de la localidad. Muy importante para tener una autovisión de las pequeñas élites locales.
- *Zúñiga, Neptalí, Significación de Latacunga en la Historia del Ecuador y de América, 2 Tomos, 1980.* Es una mirada de conjunto de la historia de Cotopaxi, en la que busca el autor enmarcarla en la vida del país. Aporta con numerosos datos de fuentes primarias y directas del autor. Es de lamentar su enorme desorden.

ANEXO

PAUTAS PARA ESCRIBIR MONOGRAFÍAS LOCALES

El propósito de las pautas que a continuación se establecen, es ofrecer a los estudiantes del Programa de Desarrollo Local del IEE-CAMAREN, algunas guías para que puedan elaborar monografías históricas sobre las localidades, o aspectos específicos de ellas, como parte de su formación. Aspiramos que estas pautas también les sirvan en su desempeño profesional para continuar profundizando el conocimiento de sus espacios de trabajo.

1. La definición del tema

Las realidades locales nos retan de mil y una maneras. El punto importante es precisar, el aspecto o los aspectos que nos interesan indagar. Ordinariamente, el aspecto que deseamos investigar se formula a través de una pregunta relevante, pertinente y precisa. Es tan importante su elección, que muchos colegas piensan que en historia, una buena pregunta constituye el 50% de un buen trabajo.

La posibilidad de que una **pregunta sea relevante** se define por su importancia, es decir, cuando la respuesta encontrada sirve para explicar temas que interesan a la comunidad política local. Por ello, se recomienda que los estudiantes, se reúnan o debatan con miembros de la comunidad política local para establecer temas que demandan una investigación. Por ejemplo, para la investigación que la hemos titulado “Cotopaxi al debate: 1740-2001”, reunimos un equipo de personas que trabajan en la zona para establecer preguntas relevantes.

Aparecieron entonces temas como: la desertización de la cordillera occidental, la identidad local, la potencialidad de la propuesta indígena y la viabilidad económica de ese espacio. Sin duda, pudieron salir más temas si ampliábamos y profundizábamos la reflexión. En tal caso, es importante priorizar los temas y preguntas.

La **pertinencia de una pregunta**, se establece con relación a los estudios ya realizados. Por ello, es importante hacer una bibliografía de los principales trabajos realizados en el área. Podemos escribir un comentario global, como el que hemos titulado “Cotopaxi: bibliografía comentada” en el que establecemos los principales avances que ya se han realizado sobre la zona de estudio. Este comentario puede profundizarse realizando fichas bibliográficas e identificando aspectos resueltos y no resueltos en la bibliografía consultada. Las fichas deben recoger párrafos literales sobre los temas que trata el autor. Los aspectos resueltos por cada autor, en cambio son aquellos puntos que han sido demostrados de manera consistente; en tanto, es posible realizar preguntas que no fueron resueltas satisfactoriamente, detectar vacíos o variaciones que conozcamos a las conclusiones que arriba el autor. Sintetizando, una pregunta pertinente, es aquella que contribuye a esclarecer temas de la comunidad académica que ha estudiado el área, o incluso la región, el país o el problema en general. Se dice entonces que estamos trabajando en la frontera del conocimiento, es decir, agregamos a lo que ya se conoce nuevos conocimientos, dudas, debates.

Muchos optan por historias desconstruccionistas, en el sentido de poner en cuestión lo dicho para explorar nuevas explicaciones. Ello es posible y deseable, porque cada generación establece sus preguntas, urgencias y tiene sus propios ojos para interrogar la realidad y el pasado.

De otra parte, la pregunta debe ser precisa, en el sentido de que su formulación sea directa, evite las ambigüedades, llegue al corazón de los problemas. Muchos colegas consideran que este es un asunto crucial. Algunas veces no investigamos lo central, sino las excepciones, los ejemplos únicos, las tendencias secundarias. Una forma de precisar la pregunta es referirla a un problema, un espacio y un tiempo determinados.

2. El espacio temporal y territorial

Toda historia tiene un espacio y un tiempo. Su definición es crucial para un historiador, es parte de la precisión que debe tener el tema y la pregunta central que realizamos. El **espacio local**, que es el tema que aquí nos preocupa, ordinariamente se define por: la jurisdicción administrativa (provincia, cantón, parroquia), el espacio que los actores definen como local (un acuerdo de los actores sobre qué entenderán por lo local, sea por la identidad, pertenencia o alianzas políticas), un ámbito económico, político y de poder (el espacio donde funciona un sistema de dominación local reconocido por quienes allí viven); un espacio que contiene uno o más elementos de identidad (una cuenca hidrográfica, un territorio étnico o pluriétnico). El espacio seleccionado puede variar en el tiempo. Por tanto, la construcción del espacio también

puede ser histórica: en cada período de la historia debemos definir si estamos hablando del mismo espacio territorial o de otro.

El otro aspecto, **es la temporalidad**. Ordinariamente, los historiadores definimos el tiempo de inicio y del final que indaga la historia que escribimos. Sugerimos establecer grandes hitos históricos, por ejemplo “la conquista incaica”, “la independencia”, etc, que son momentos en que se acumulan y precipitan los cambios, para seleccionar estos momentos. En tratándose de estudios locales, como los que se realizarán en Cotopaxi, es bueno contar con periodizaciones previas de la región o del país. La bibliografía establece este tipo de periodizaciones que son fácilmente asequibles (Ver, por ejemplo La Nueva Historia, Vol.14). Debemos señalar que el establecimiento del período no siempre es un problema fácil: en la realidad social lo nuevo está siempre mezclado con lo viejo y las rupturas no siempre son exactas. Siempre toda periodización será convencional, pero definir desde qué fecha hasta qué otra fecha vamos a indagar la historia, siempre será necesaria. En las conclusiones del documento “Cotopaxi al debate” proponemos una periodización entre 1740-2004 que puede ser utilizada por los estudiantes. Regresaremos sobre este tema, en el momento de la periodización de la historia local.

3. El diálogo con las fuentes

A diferencia de otras disciplinas sociales, en las que se establecen a esta altura las hipótesis de trabajo, los historiadores preferimos dialogar más con nuestras fuentes. Los archivos históricos siempre guardan

un conjunto de sorpresas, evidencias, elementos nuevos, que muchas veces modifican nuestras impresiones iniciales.

Aunque el trabajo sobre las fuentes puede ser infinito y cada vez, los historiadores hacen gala de ingeniosas aproximaciones, sin embargo, sugerimos algunas ideas prácticas, para el nivel en el que podemos trabajar. Un buen truco que todos usamos, es identificar las fuentes que usaron otros autores que hicieron trabajo en la zona o en temas similares, porque ello nos permite revisarlas por nuestra cuenta, o buscar otras de igual o mayor potencialidad. Las fuentes más inmediatas son las personas de la localidad. Sus vivencias, recuerdos, sueños y versiones pueden ser recogidas a través de la historia oral. Sugerimos hacer talleres (con ancianos, con mujeres, con adultos, con historiadores locales) para tratar de indagar por lo menos los últimos ciento cincuenta años de historia: cada persona ha vivido un tiempo (digamos 50 años), ha escuchado lo que le contaron sus papás y abuelos, con lo que tenemos una historia de por lo menos un siglo y medio. Para ello debemos organizar preguntas generadoras, mejor si lo hacemos con hitos o sucesos conocidos, si examinamos fotografías, cuadernos, revistas, periódicos u objetos de cada época para avivar la memoria. Esta información oral puede ser completada, pero sobre todo ampliada en su horizonte temporal (más de ciento cincuenta años), usando otras fuentes, sobre todo fuentes escritas, mapas, evidencias arqueológicas, etc.

Las fuentes escritas que están a la mano en toda parroquia, cantón o provincia son generalmente las siguientes: (i) las actas de cabildo, que están en las alcaldías de cada

cantón; (ii) las notarías que están en los cantones y en la cabecera provincial; (iii) los registros de nacimiento, bautismo, defunción, confirmación y casamientos que están en la Curia parroquial (del cantón o la provincia); (iv) las Comisarías, Tenencias Políticas o Jefaturas Políticas; (v) los registros de la propiedad. Aquellos que quieran hacerse un viaje a la capital, los archivos guardan de manera ordenada varios repositorios que se puede consultar por provincia. Por ejemplo, el Archivo Nacional de Historia tiene series como “Indígenas”, “Cacicazgos”, “Tierras” y veinte más, que son insustituibles para el trabajo. Todas estas fuentes son públicas y es posible revisarlas. También hay fuentes privadas, que en ocasiones es posible acceder a ellas: los libros de hacienda, los libros de los conventos, los archivos particulares, las cartas y correspondencia, los periódicos locales, etc.

También es interesante revisar las monografías locales: todo un género de ellas se escribió en la primera mitad del siglo XX. En Cotopaxi, por ejemplo, las monografías de Barriga López y de Neptalí Zúñiga son de consulta obligada. Los relatos de viajeros son siempre una ayuda importante, ciertos informes de funcionarios estatales que estuvieron en la zona (recuérdese que las famosas Relaciones Geográficas son un compendio de esas informaciones). Entre los mapas importantes conviene citar aquellos que acompañan a las informaciones o relatos de viajeros, el Mapa de Maldonado del siglo XVIII es una fuente interesante, los mapas del IGM (desde 1936 hasta el presente). La hemeroteca del Banco Central guarda mapas valiosos, la biblioteca Aurelio Espinosa Pólit de Quito tiene una serie de libros únicos, sobre todo del siglo XIX.

Hay que revisar la estadística actual: los censos que se realizaron desde 1950 (de población y agropecuarios), las encuestas de hogares, la información económica del Banco Central, etc. Por fortuna, la mayoría de estas informaciones están disponibles en el internet, de manera que no hay excusa alguna para no indagarlas de manera completa. Sugerimos mirar el SISSE (Sistema de Indicadores Sociales) que ha sistematizado la información disponible en el Ecuador.

Uno de los problemas frecuentes que hemos encontrado a la hora de hacer estadística local, es el cambio frecuente de las dimensiones territoriales de los espacios cantonales y a veces provinciales. Recordemos que en 1824 solo había 32 cantones y ahora hay 220, por tanto ha habido un proceso de división intensa. Si se quiere confeccionar una serie demográfica por ejemplo, debe siempre comparar territorios similares para poder calcular tasas de crecimiento, porcentajes, comparaciones entre población urbana y rural, etc. Para ello, debe partir de la dimensión actual del cantón, parroquia y provincia y seleccionar del pasado los datos que correspondan a ese espacio. No siempre es posible hacerlo, pero generalmente, disponiendo la información desagregada a nivel de parroquias, no es difícil construir estas series. Una serie demográfica, de por lo menos los últimos 200 años, es indispensable en nuestros trabajos.

Otro problema importante de las fuentes es su veracidad. Es importante saber quién hizo la fuente, con qué propósito, cuáles fueron sus informantes y los métodos que usó para reunir la información, conocía la zona o lo hizo de paso, estuvo en el sitio o lo informaron, en fin siempre es bueno poner en duda a la fuente

para calificarla. Cuando hay oportunidad es mejor cotejar las fuentes para lograr la mayor objetividad posible, sobre todo en temas que puedan resultar controversiales, como los cálculos de la población, de la producción, o aquellos que implican cierta subjetividad. Las fuentes que hemos recomendado, tienen la particularidad de que ellas no se hicieron con el propósito de escribir historia, por ello suelen tener cierta fidelidad, aunque no olvidemos que muchas de ellas son oscuras y expresan siempre el punto de vista de los que las elaboraron, que ordinariamente tenían una visión específica sobre el mundo. Sobre todo, en un medio en el que la mayoría de indios, afrodescendientes y mestizos estuvieron excluidos de todos los sitios en que se generaba información, es muy difícil encontrar sus voces. A veces ellas están ocultas, entre líneas, en medio de la voz oficial. Por ello es tan interesante buscar fuentes nuevas, talvez declaraciones, pequeñas historias que dejaron esas voces ocultas.

Una vez que ha reunido y leído las fuentes, el diálogo que se ha producido con nosotros nos permite tener ideas distintas o más específicas de las que partimos. Es el momento de poner orden: ordenar las fuentes como ordenar nuestro pensamiento. Cada fuente debe ser recogida en fichas, en las que transcribimos con fidelidad (sin cambiar ni siquiera sus faltas de ortografía, para enfatizar la fidelidad con que debemos recogerlas), estableciendo su origen, el documento que la contiene, el archivo, la fecha, los autores. Podemos ordenarlas cronológicamente o por tema. Hoy en día los métodos de almacenar información han cambiado con las computadoras: podemos hacer una base de datos y hasta podemos aplicarle un programa para ayudarnos a

su sistematización inclusive, así se tratara de información cualitativa. Para ordenar nuestro pensamiento, es hora de establecer una subperiodización.

4. La subperiodización

El diálogo con las fuentes nos permite reconstruir el proceso cronológicamente, desde el principio al fin, como una novela lineal. El ordenamiento de los procesos nos permite encontrar subperíodos, es decir, hitos intermedios que fueron relevantes en el proceso. Por ejemplo en la historia de Cotopaxi encontramos dos grandes períodos, uno, desde la crisis textil, la sobrevivencia de un buen número de obrajes, el fortalecimiento de la hacienda hasta su crisis; y otro, desde la modernización agraria hasta nuestros días. Sin embargo, en cada período hubo subperíodos: en el primero, por ejemplo, podemos estudiar específicamente la crisis textil, en otro subperíodo el fortalecimiento de las haciendas, en otro la crisis hacendaria, y así sucesivamente.

Uno de los problemas que siempre tendremos es que, el proceso es múltiple, es decir, por ejemplo, mientras entraba en crisis la producción textil, también se producían las grandes rebeliones andinas y al mismo tiempo habían erupciones y surgía una nueva región en la costa. Ello demanda un buen esfuerzo para conectar los hechos, encontrar explicaciones, así optemos por exponerlos en subcapítulos distintos: son los límites de la narrativa, con los que todos debemos lidiar, lo cual resulta un reto por otro lado, placentero o decepcionante.

5. Hipótesis y subhipótesis

Destacamos líneas atrás que, en muchas disciplinas, las hipótesis se establecen al inicio de la investigación y se predeterminan los métodos para demostrarlas, precisarlas o negarlas. En historia ello, no siempre es posible, o mejor dicho, casi nunca. Hay un mundo que no conocemos, dependemos de las fuentes, de su potencialidad, de su homogeneidad, de tenerlas completas. Por ello, hemos preferido, establecer las hipótesis recién después de haber dialogado con las fuentes y de establecer nuestras subperiodizaciones.

En cada subperiodización podemos desarrollar preguntas específicas y ensayar hipótesis concretas que las vamos a analizar con mucho cuidado. Por ejemplo, una sorpresa que hemos tenido en la investigación de la consolidación de la hacienda en el siglo XIX en Cotopaxi es que los obrajes no desaparecieron, como casi toda la literatura historiografía ecuatoriana sostiene. Ello nos plantea una pregunta obvia: ¿Por qué se mantuvo el obraje durante todo el siglo XIX? ¿Por qué incluso hubo intentos de modernizarlos? ¿Por qué fracasaron estos intentos y se hicieron tan parcialmente?. Estas y otras preguntas solo pudieron salir en diálogo con las fuentes. Solo en este momento podemos intentar respuestas a estas subhipótesis: por ejemplo, el obraje subsistió porque siempre hubo una demanda desde Colombia y el intento de modernización respondía a la ampliación de ese mercado. Una investigación exhaustiva debería rastrear en las fuentes la demanda colombiana y el comercio para esa zona. En la pequeña monografía que escribimos no hemos ido tan lejos, aunque hemos recogido testimonios y evidencias de que ese

mercado existía, pero no lo hemos cuantificado. Allí está, desde otro punto de vista, un vacío que futuras investigaciones deben llenar, precisar e incluso matizar. Otra vez, deberíamos recordar que, establecer buenas subpreguntas permite encontrar las explicaciones adecuadas.

6. Certezas e incertidumbres

Poco a poco los historiadores hemos ido abandonando la idea ingenua de que nosotros escribimos la historia verdadera. Tal pretensión es una ingenuidad delirante o una arrogancia sin nombre. Construimos ciertas certezas en medio de una mar de incertidumbres, y así avanza el conocimiento.

Por esta razón, es aconsejable no abrir demasiadas interrogantes a las que vamos a responder, o señalar con humildad cuáles serán los temas que contestaremos y señalar los límites de nuestras propias respuestas. Un buen trabajo debería contestar de manera consistente algunas preguntas clave y dejar abiertas otras tantas para las investigaciones futuras.

7. La redacción

Una vez que tenemos armados nuestros períodos y subperíodos, las preguntas y las respuestas para cada subperíodo, es hora de hacer el índice definitivo de nuestra exposición. En ocasiones ya se ha elaborado antes un índice tentativo, pero éste es un mejor momento para hacer algo más definitivo, aunque por experiencia propia, los acontecimientos, hasta los estados de ánimo del que escribe van creando en la pantalla las cosas

que finalmente se escriben. Pienso que no hay que temerle, ni ponerle demasiadas cortapisas a la escritura. Todos quisiéramos tener un Galeano dentro para poder escribir nuestras historias, que a veces resultan unos ladrillazos en volumen y en discurso trillado y aburrido.

Creo que es bueno pensar en nuestros eventuales lectores. Buscar comunicarnos con personas que tienen poco tiempo para leer, que tienen cosas más importantes y urgentes que hacer y que el recurso de la palabra escrita tiene sus límites, pero también sus posibles encantos. Recuperar el lenguaje local, la frescura de la palabra popular, evitar llenar nuestra ignorancia con citas de otros hechas para otros contextos, ponerle pasión a las ideas manteniendo la posición crítica, buscar cierta objetividad en nuestro alineamiento con las causas, son entre otras recomendaciones necesarias.

8. Asuntos de rigor

Finalmente algunos asuntos de rigor. Primero hablemos de las citas de las fuentes. Ya dijimos que ellas deben ser transcritas tal y como ellas se produjeron. Si queremos introducir un comentario, o una aclaración, hacerlo de tal manera que se note lo que es nuestro de lo que es la cita original. En el Ecuador, generalmente usamos junto o al pie de la cita la siguiente fórmula: las siglas del archivo, por ejemplo ANH,Q (Archivo Nacional de Historia de Quito), sección (por ejemplo, Empadronamientos), legajo (nombre del legajo), años y folios o páginas. En el caso citado, se supone que hay un archivo ordenado que nos permite tal forma de consignar nuestra cita. En los casos que se encontrarán

en Cotopaxi, seguramente no habrán archivos ordenados, por lo cual es necesario nosotros introducir algún orden. Ello puede llevar incluso a pequeños proyectos, como el de montar un archivo por comuna, por parroquia, por cantón, en nuestras organizaciones, etc.

El otro problema es citar a los libros, revistas y en fin textos elaborados por otros autores. A menudo no somos rigurosos en ese punto. En Ecuador, para vergüenza de todos, muchos utilizan ideas de otros sin citarlos o lo hacen sin ninguna norma. Ello es corrupción, en el primer caso, e ignorancia en el segundo. Les proponemos una forma de cita, que se usa en estos tiempos: al lado o al pie de la cita, transcrita textualmente del autor tomado, escribir, el apellido, el año y la página en la que se encuentra el texto. Por ejemplo, *“El camino para el salto de la lucha por la tierra a la conciencia étnica, fue mejor interpretado por las organizaciones de segundo grado apoyadas por “algunas instituciones privadas” que crearon el Movimiento Indígena de Cotopaxi”*

(Ramón, 2004: 25). Si se cita más de un texto del mismo autor que ha sido elaborado ese mismo año, se sugiere usar el abecedario para ordenar los textos citados. Por ejemplo, (Ramón, 2004 a:25) si estamos citando otros textos de este mismo autor elaborados en el año 2004. En la bibliografía final, establecemos el año, el nombre completo del texto, (la letra del abecedario si la hemos usado), la editorial, el año y el país (o la ciudad) en que fue editado. Si la cita corresponde a un artículo que está en un libro, citar el libro colocando la palabra (en).

En la bibliografía es importante, comenzar por las fuentes primarias, luego por las fuentes secundarias (es decir los escritos de otros autores). En el documento “Cotopaxi al debate: 1740-2001”, podemos ver una forma de ordenar la bibliografía.

Esperamos que estas recomendaciones sean útiles para realizar los trabajos monográficos y que logremos buenos resultados. Buena suerte en el trabajo.